

VICTORIA HOLLIS



REVIVAL

SERIE ROCKSTARS

LIBRO 30

Revival

Serie Rockstars, libro 30

Victoria Hollis

Advertencia

Este libro se ha escrito para un público adulto. Puede contener situaciones y escenas de sexo explícito, lenguaje adulto y temas que solo pueden entender las personas mayores de 18 años.

Capítulo 1

—Yo también quiero ver al verdadero Danny —dijo Reggie.

Su nombre en aquella voz grave y rasposa le sonó tan bonito a Dan... Nunca se cansaría de escucharle pronunciarlo. Sobre todo con el tono suave e íntimo que acababa de emplear su compañero. Le daba un sabor especial.

Su tono... Y sus ojos, que estaban clavados en los suyos, serios e intensos, con ese algo de complicidad nuevo y maravilloso, eso que Dan solo podía calificar como «conexión». El otro chico sonreía, y su carita parecía brillar en el pasillo gris en penumbra. Pero sus ojos...

Sus ojos hablaban un lenguaje distinto al que tenía el resto de su rostro. Un lenguaje que reforzaba lo que acababa de decir con palabras, y que le daba intensidad a la frase, y ese sabor a verdad inconfundible.

Aquella mirada volvió a emocionar a Dan. Le hizo sentir en cada fibra de su cuerpo que esto era real, que no lo estaba soñando. Reggie estaba aquí, y lo que había entre ellos era tan intenso, que casi se había vuelto tangible en aquel momento. Y él se sentía tan agradecido, tan enamorado, y tan feliz...

«Es justo lo que he soñado con poder vivir desde que puedo recordar», pensó. «Ya casi había desistido de llegar a encontrarlo alguna vez. Y mira por dónde, estaba en este rockero blanco... En la persona que menos me podía imaginar».

Dan se sentía sobrecogido por la intensidad de los sentimientos que le embargaban, pero no quería ponerse a llorar otra vez. Se sentiría ridículo. De modo que hizo un intento por trivializar, y bromeó:

—Aunque te ahogue a mimos.

Reggie resopló, alzando los ojos al techo de forma dramática. Era evidente que también estaba de broma, y Dan se echó a reír. Agradecido, rodeó su cuello con los brazos, y le besó con fuerza una mejilla.

Había imaginado que Reggie le daría una palmadita en la espalda, y que ahí quedaría todo. Se irían los dos a hablar con William, tal como Reggie estaba deseando hacer, y olvidarían todo este asunto.

Al fin y al cabo, por eso estaban aquí, en mitad del pasillo, porque Reggie quería hablar con William. En realidad, lo querían los dos. Y Dan se sentía un poquito culpable, porque había sido él quien había demostrado inseguridad, y ese había sido el motivo por el que Reggie se había detenido a hablar.

A ver, era cierto que lo único que habría podido curar la inseguridad de Dan era eso, hablar

de ello con Reggie. El alivio que había sentido su corazón había sido extraordinario. Una cosa era darle a su pareja lo que uno creía que el otro necesitaba, a ciegas, y otra muy distinta era saber que la otra persona necesitaba de veras recibir esos mimos, tanto o más que él necesitaba dárselos...

En fin, el alivio de haber aclarado este asunto era inmenso, pero aún así, Dan se sentía culpable. Sabía que William estaba ansioso y a la espera de noticias. Y le parecía que tal vez había sido egoísta por su parte acaparar la atención de Reggie durante tanto tiempo.

Aunque... ¿Lo había sido realmente? Porque pensándolo mejor, ahora que esto estaba resuelto, Dan se sentía de nuevo más seguro, y también más libre para ser él mismo. Y sabía que al verlo a él más relajado, Reggie se relajaría a su vez, y se permitiría sentir el cariño y los mimos. Y todo ello repercutiría no solo en Reggie y en su relación con Dan, sino también en William, y sería para bien...

«Cuanto más nos cuidemos y nos queramos los dos, mejor para todos», se dijo, mientras apretaba a Reggie contra sí con ternura.

Solo en este momento se dio cuenta de que su compañero no le había dado la palmadita en la espalda que él había anticipado en un principio. Tampoco le había dicho que tenían que continuar su camino, y hacer lo que habían venido a hacer...

En realidad, Reggie no parecía tener prisa por soltarle. Había rodeado el cuerpo de Dan con sus propios brazos, con cuidado en el lado izquierdo, para no apretarle sobre la lesión de su costado. Luego había metido la cara en el hueco de su hombro. Y ahora suspiraba, fundiéndose agradecidamente en el abrazo, como si estuviera cobijándose contra su cuerpo, y refugiándose en él de un enemigo invisible.

Dan no podía verle la cara, pero estaba casi seguro de que el otro joven había cerrado los ojos. Sintió que los músculos de sus hombros se relajaban un ápice bajo sus manos. Tuvo la sensación de que esta conversación no había sido solo para tranquilizarle a él, sino también a Reggie, y eso le hizo sentir mejor. El sentimiento de culpa se evaporó, y en su lugar solo quedó la necesidad de abrazar a Reggie con ternura, para decirle sin palabras que estaba aquí, que ya había pasado todo, y que él también podía volver a ser él mismo.

—¿Me das otro? —ronroneó Reggie, muy bajito, cerca de su oído.

Su pregunta, casi tímida, sorprendió a Dan. ¿A qué se refería? ¿Y por qué lo pedía en ese tono?

—¿Otro qué? —murmuró.

No creía que Reggie quisiera otro abrazo, porque aún estaba ahí, entre sus brazos. ¿Entonces...?

Reggie frotó su cabeza contra la suya, y murmuró:

—Otro besito de esos.

—Otro y todos los que quieras, mi vida —contestó Dan sin vacilar.

Le besó donde pudo a tientas, y solo al dejarle la caricia, se dio cuenta de que había aterrizado bajo una de sus orejas. Se movió para besarle de nuevo, ahora en una mejilla, y murmuró:

—¿Era algo así?

—M-m —ruidito de asentimiento de Reggie.

Dan trató de verle la cara. Le pareció que en efecto, el otro chico tenía los ojos cerrados. Una sonrisita dulce adornaba sus labios, delicados como pétalos de flor. Dan le besó el pómulos una vez más, y luego le hizo un mimito, frotando su nariz contra la parte de atrás de su mejilla, cerca de la oreja. El suave cabello rubio de su compañero le acarició la nariz y las cejas, y Dan también sonrió.

Sin embargo, aunque la culpa por haber retenido a Reggie se había esfumado, la inquietud por William no lo había hecho. Y si Reggie ya estaba mejor, le parecía que tal vez había llegado el momento de volver a ponerse en marcha.

Dan se permitió el placer de hacerle otro mimito a su compañero, apretándole con cuidado contra sí, y le murmuró:

—Reggie, si los dos estamos mejor... Estoy inquieto por William. Jordan te ha tenido un largo rato al teléfono, y ahora llevamos aquí otro rato más. El pobre William ya estaba ansioso cuando salimos fuera. No me puedo imaginar cómo estará ahora.

Reggie asintió varias veces, respondiendo:

—Sí, tienes razón. —Besó la mejilla de Dan a su vez, inocente y dulce, y añadió—: Pero esto... Los dos lo necesitábamos, Danny. Gracias.

—Gracias a ti, cariño —contestó Dan, con una sonrisita.

Reggie se apartó y abrió los ojos. Sonrió también. Tomó una mano de Dan en la suya, mirándole otra vez de ese modo íntimo y cómplice, y murmuró:

—¿Vamos?

Dan se limitó a asentir, apretando con fuerza su mano. Por Reggie y con Reggie iría en este momento hasta el mismísimo infierno...

«Está pasando algo. Estate atento», le había dicho su intuición a William.

Y no se había equivocado. Pocos instantes después, escuchó pasos apresurados al otro lado de su puerta, el sonido de varios pies calzados con botas. La puerta negra se cerró deprisa con llave, y los pasos se alejaron por el pasillo.

«Hay noticias, seguro», se dijo.

Y fueran las que fuesen, tenían que ver con él, estaba convencido de ello. Que pudiera recordar, era la primera vez que oía a David echar la llave de la puerta negra del fondo con tanta prisa. Ya debía ser media mañana, y Troy tenía hasta las nueve para disolver el grupo, así que estaba al caer alguna noticia en este sentido, o bien positiva o negativa. Y William no sabía muy bien lo que esperar...

Porque si Troy no lo había hecho, aún tenían un grupo, y algo por lo que pelear. Pero a la vez, ¿qué iba a ser de él, a merced de estos bandidos? Y si Troy había disuelto el grupo, cediendo así a las exigencias de Jordan, a lo mejor le liberaban a él en seguida, pero... ¿Qué futuro les esperaba, tanto a William, como a su novio y sus dos amigos?

Abrió oído a los sonidos del exterior, pero durante mucho rato, lo único que se escuchó al otro lado de su puerta fue el silencio.

«¿Me habré equivocado?», empezó a pensar. «Estaba casi seguro de que el grandullón ha llamado a David y a Jonathan para que regresaran dentro. Y luego los tres se han ido deprisa...».

Si eso no era porque hubiera noticias, ¿por qué otro motivo podría ser? A William no se le ocurría. Claro que si David era el que mandaba aquí, era normal que le reclamaran para todo. Pero, ¿con tanta prisa? Y además...

«¿No deberíamos saber ya algo de Troy?», se preguntó.

Troy. Su dragoncito estaba siempre en el centro de sus pensamientos, por un motivo u otro. ¿Qué debía estar sintiendo, con William en paradero desconocido, y el futuro de su grupo en sus manos? ¿Habría cedido ya a la presión?

«Si lo ha hecho, no seré yo quien le culpe», se dijo William. «Esta incertidumbre es insoportable».

Dejó a un lado el grueso libro que había estado leyendo después de desayunar, en un intento por hacer que pasara el tiempo más rápido. Estaba inquieto, y no tenía más ganas de lectura. Por otra parte, dudaba mucho de ser capaz de concentrarse...

De modo que se hizo una bola, rodeando sus piernas con los brazos, y apoyó la cabeza sobre sus rodillas. Miró a la puerta cerrada, con todos los sentidos alerta, atentos a los sonidos del exterior. Pero fuera todo continuaba en silencio.

«¿Me habré confundido?», se repitió. «Entonces, ¿por qué tuve ese presentimiento? Supe que estaba pasando algo, y también que tenía que ver con nosotros, con Troy y conmigo...Y ya debería haber noticias... ¿Qué ha hecho Troy? ¿En qué anda? ¿Qué hay en su cabeza?».

William no podía ni sospecharlo, y eso que poseía una poderosa imaginación... Pero aunque la hubiera empleado a fondo, a buen seguro que jamás habría logrado concebir, ni en la más salvaje de sus fantasías, que Troy se encontraba en aquel preciso momento a escasos metros de él, junto a la entrada principal del edificio... Ni tampoco que estaba allí con Frank y Austin, y que habían localizado el coche que utilizaron ayer sus secuestradores para raptarlo...

De hecho, Troy estaba de pie junto al coche, volviéndole la espalda para mirar al edificio más cercano.

Se trataba de un bloque de viviendas de unas cinco plantas. Tenía la fachada ennegrecida, como si aquí también hubiera habido un incendio, y no tenía cristales ni marcos en las ventanas superiores.

En cambio, en el bajo, a ras de suelo, sí podía ver ventanas y cristales, detrás de rejas de hierro. No obstante, el edificio parecía estar abandonado. No había ni un alma, ni tampoco ropa tendida, ni se oía ningún sonido en el interior. La puerta de acceso estaba abierta, y al otro lado solo se podía ver un vacío negro.

El edificio de al lado daba la misma impresión. Era de ladrillo visto de color rojo. Y aunque este no tenía la fachada ennegrecida, tampoco tenía cristales ni marcos en las ventanas, y muchas estaban tapiadas. El pequeño terreno que había entre la acera y los edificios, que en su día debió ser una especie de jardincito, mostraba también todos los signos del abandono. Estaba cubierto de maleza y hierbas, y en una esquina había apilada una pequeña montaña de escombros.

«¿Por qué está aquí este coche?», se preguntó Troy.

Una de dos. O bien los secuestradores y William estaban cerca, o bien dejaron el vehículo aquí para despistar, y se llevaron a William en otro a algún lugar desconocido. Pero esta segunda opción no le cuadraba.

«¿Tantas molestias va a tomarse Jordan en esto?», se dijo. «¿Y va a dejar en este barrio un coche tan caro, exponiéndose a que lo desvalijen entero, como de hecho ha ocurrido? No tiene sentido...».

Volvió a recorrer con la vista las ventanas de la planta baja, las que tenían cristales y rejas. ¿Viviría alguien allí, a pesar del lamentable estado en el que se encontraba el resto del edificio? De ser así, eso querría decir que no estaba en ruinas... ¿Estaría William prisionero en una de aquellas viviendas?

«Sería absurdo estar en la puerta y no asomarme siquiera», pensó.

Y sin dudarlo, se dirigió hacia la entrada del edificio. Pero apenas había avanzado dos pasos, una mano le sujetó el brazo con decisión por encima del codo, y le obligó a detenerse. Frustrado, Troy se volvió, para encontrarse mirando frente a frente a los serios ojos negros de

Frank.

—¿A dónde vas? —le murmuró este, en tono seco e inexpresivo.

Troy hizo una pequeña mueca de hastío, no pudo evitarlo. Apreciaba a Frank, y le consideraba uno de los suyos, a pesar de que se conocieron hacía apenas veinticuatro horas. Pero empezaba a estar cansado de ser interrogado y retenido literalmente cada dos pasos...

—Paul, es media mañana, y todavía no hemos descorrido esta cortina —dijo Little B.

Se puso en pie y se dirigió a la ventana. Reggie les había dejado, una vez más, a cargo del teléfono, mientras él iba con Dan a hablar con William. Little B había tenido la idea de echar otra partida a las cartas, más que nada para distraerse y no pensar en cuánto empezaba a pesar toda esta incertidumbre... Pero en el momento de sacar la baraja de su bolsillo, se había dado cuenta de que la luz de la lámpara era bastante mortecina, y en cambio, en la calle debía hacer un sol radiante...

—¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? —comentó, asiendo las dos patas de la cortina marrón que cubría la ventana, una con cada mano—. ¿No te parece que es...?

Se interrumpió. La cortina parecía llevar allí mil años. Estaba sucia, gastada y polvorienta. Su primera idea había sido apartarla a ambos lados con un movimiento brusco, con la intención de tocarla lo menos posible. Pero ahora lo pensó mejor. La abrió despacio y solo un poquito. No le apetecía acabar enterrado bajo una nube de polvo y ácaros...

En seguida se alegró de haberlo hecho. A través del pequeño hueco que acababa de abrir entre las dos cortinas, pudo ver la calle, más allá del cristal y de las rejas. Y si sus ojos no le engañaban... ¡Había alguien allí fuera! ¡Junto al coche!

—¿Qué pasa? —escuchó la voz de Paul a su espalda.

—¡Shh! —susurró Little B—. ¡Hay alguien al lado del coche!

—¿Qué? —se extrañó Paul.

Little B volvió a cerrar la cortina. Se giró para mirarle por encima de su hombro con grandes ojos, y cuchicheó, espantado:

—¡Tres tipos! ¡Al lado del coche! ¡Ahí al lado!

Señaló con una mano en dirección a la calle para más énfasis. Y luego, sin esperar respuesta, abrió un espacio mínimo las dos cortinas, lo suficiente para asomar un ojo, y volvió a mirar al exterior con ansiedad.

La ventana estaba a ras de suelo, pero no a ras de calle. Entre ella y la acera, había varios metros de terreno, que en otro tiempo debió ser un jardincito, pero que ahora era la imagen de la decadencia.

Había un amplio camino de losetas que unía la acera con la puerta de entrada al edificio. Little B estaba bien familiarizado con él, porque lo usó como guía anoche, para transportar al apartamento los objetos que trajo Jordan para ellos. Esto era lo único que estaba más o menos intacto. Todo lo demás era un simple suelo de tierra y piedras, con hierbas y maleza. Había una pila de escombros en la esquina opuesta. De las papeleras no quedaba más que el soporte metálico, de color negro. Había una farola, pero Little B no recordaba haberla visto encendida anoche, y ahora entendía por qué: el cristal estaba roto.

En todo caso, la distancia le impedía ver el coche con claridad. Lo único que podía distinguir era su forma inconfundible, y el brillo de la chapa negra bajo el sol de mediodía. También podía ver a los tres tipos, apostados junto al vehículo. Iban vestidos de oscuro. Uno de ellos estaba al borde del camino de losetas que conducía al edificio, mirando en su dirección, como si quisiera acercarse. Otro estaba de pie a su lado, y parecía sujetarle un brazo. Los dos hablaban entre sí, mientras el tercero permanecía cerca del coche.

«¿Quiénes son estos, por Dios?», pensó Little B, aterrado, sintiendo los latidos de su corazón bajo su esternón, con tanta fuerza, como si quisiera salirse de su cuerpo...

Capítulo 2

En aquel momento, Little B se dio cuenta de que el primero de los tipos, el que estaba en el camino de losetas, parecía escanear las ventanas de la planta baja con la vista. El rapero tomó aire bruscamente con una pequeña exclamación, asustado, y volvió a echar deprisa las cortinas, ocultándose tras ellas.

—¿Quiénes son? —preguntó Paul con curiosidad.

Su voz sonó mucho más cerca que antes, justo por encima de la cabeza de Little B. Este se sobresaltó otra vez y se giró para mirarle. Se encontró con que el grandullón se había puesto en pie, y se había asomado por detrás de él para tratar de ver algo.

Little B le observó con grandes ojos, agazapado contra la cortina como un conejo. ¿Cómo se había levantado Paul, y se había acercado sin que él le oyera? No sabía que el gigante fuera capaz de ser tan silencioso...

Por su parte, Paul se quedó por unos instantes mirando a la cortina echada ante sí, con cara de sorpresa, y luego parpadeó y bajó la vista hacia Little B.

—¿Por qué has cerrado? —le dijo.

—Estaban mirando hacia aquí —susurró Little B. Sujetando las cortinas unidas con una mano, le hizo a Paul una seña con la otra hacia atrás, mientras añadía—: Vuelve allí, anda. Soy bajito y enclenque, y a mí no me verán. Yo vigilaré.

Paul asintió, conforme. Se retiró y se marchó en dirección al umbral del pasillo. Echó una ojeada a través de él, tal vez para ver en qué andaban sus compañeros, y luego volvió a mirar a Little B.

—Si hay que llamar a Reggie, avísame —le dijo.

A Little B le pareció una idea excelente. Asintió a su vez y, con el corazón todavía palpitante y las manos temblorosas de ansiedad, volvió a abrir un pequeño hueco entre las dos cortinas, y asomó un ojo a través de él con precaución.

«¿Quiénes son esos tipos?», se repitió. «¿Simples curiosos? ¿Ladrones? ¿O serán de la policía?».

Trató de fijarse mejor, aunque desde esta distancia y con la reja por medio era bastante difícil. Solo podía saber que los tres vestían de oscuro. Pero mientras les miraba, tuvo la sensación de que el porte de uno de ellos le resultaba familiar. Era más alto que él, aunque menos que Paul; sería más o menos de la estatura de Reggie y Nobody. Tenía las piernas largas y delgadas, la espalda erguida y el cabello rubio. Incluso le pareció que llevaba puesta una chaqueta de cuero negro...

Entonces supo por qué le parecía familiar. Había visto esa figura antes, una vez, en la fiesta de Jordan. Aquel día, cuando llegó al Averno con Nobody en su coche amarillo, también le llamó la atención ese porte, en un tipo que había apostado junto a un mediocre descapotable rojo. Y cuando Max les presentó, el tipo resultó ser...

«¡Troy!», recordó. «O si no es él, desde luego, se le parece mucho. ¡Pero no puede ser! ¿Cómo va a estar Troy aquí? ¡Es imposible!».

—¿A dónde vas? —preguntó Frank, sujetando a Troy por un brazo.

El dragón se le quedó mirando por unos instantes, con sus ojos grises muy vivos y alertas, y su expresión casi desafiante.

«El jefe no lleva bien que Frank lo detenga cada dos pasos», pensó Austin.

Miró a uno y al otro, preocupado. Troy apretó los labios, como si estuviera tratando de retenerse y no decir un disparate. Por su parte, Frank permaneció impasible, serio y sereno, y su mano no se relajó ni un ápice sobre el brazo del otro joven.

«Y hace bien», se dijo Austin. «Está aquí para protegerle. Después de todo, no está haciendo más que su trabajo».

Al fin, Troy tomó aire profundamente y habló, en tono amable aunque decidido:

—Voy a echar un vistazo, Frank. ¿Y si los secuestradores están a dos pasos, y no lo sabemos? ¿Y si encontramos alguna otra pista? Sería absurdo haber llegado hasta aquí y no comprobarlo, ¿verdad?

Cierto. A Austin no se le había ocurrido. Pero también era verdad que no era su novio el que estaba secuestrado, era el de Troy. Y conociendo a este, era normal que necesitara revisarlo todo y remover hasta la última piedra.

Además, las visitas que había hecho al detective que llevaba el caso no habían sido idílicas. Ese hombre le había hecho sentir a Troy desde el principio que la policía estaba descaminada, que no le creía, que era lenta y poco eficaz, y que ellos tres estaban solos en esto. O bien encontraban a William por sus propios medios, o el pobre estaría perdido.

¡Demonios! Si por eso fueron al Averno anoche, en primer lugar. Gracias a aquella visita habían conocido a Ralph, y por la intervención de este estaban aquí, delante del coche del secuestro... Troy tenía que llegar hasta el final con esto, hasta donde quiera que le llevara el hilo de esta nueva pista. Austin lo supo desde que Ralph les mencionó el todo terreno. Y ahora que estaban aquí, y que tenía el vehículo delante, por primera vez, Austin comprendía a su amigo.

Frank tampoco contestó en seguida. Se tomó un instante en mirar alrededor, escaneando de

nuevo con la vista las ventanas de los edificios, como si quisiera cerciorarse de que era seguro, antes de dar su consentimiento. Y al fin, dijo:

—Iremos juntos. —Se volvió hacia Austin, añadiendo—: Quédate aquí, Austin, y mantén los ojos abiertos. Estos edificios parecen abandonados, pero nunca se sabe. Si ves algo sospechoso, silba fuerte, ¿vale?

Austin asintió. Pero en ese momento, Troy, que había estado mirando a las ventanas del bajo mientras Frank hablaba, entornó los ojos con suspicacia y se puso tenso, preguntando:

—¿Qué ha sido eso?

Frank también se puso tenso y alerta a su vez. Empezó a mirar a todas partes.

—¿El qué? —dijo vivamente.

—¿No lo has visto? Me ha parecido ver movimiento detrás de una de esas ventanas.

—¿Cuáles?

—Las del bajo.

Troy señaló con la barbilla. Frank y Austin escudriñaron las ventanas con atención. La realidad era que desde su posición, de pie junto al coche, Austin podía ver bien poco. El sol estaba alto en el cielo, pero el edificio estaba en sombras aún. La luz ni siquiera había llegado al jardincito delantero, si se le podía llamar así al terreno cubierto de maleza que se interponía entre ellos y la fachada. Las ventanas se veían como huecos oscuros. Los cristales brillaban en algunos puntos, pero tras ellos solo había insondables pozos negros.

—No veo nada —dijo Frank—. ¿Y tú, Austin?

—Tampoco.

—No, yo tampoco —terció Troy—. Me pareció haber visto que algo se movía en una de ellas, pero ahora no consigo ver nada.

Frank se relajó un poco.

—Bueno, mejor así —contestó—. Vamos, Troy. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

Troy asintió y se puso en marcha. Frank le dirigió a Austin una última mirada de complicidad. Se llevó un dedo a un ojo, como para decirle sin palabras que estuviera atento, y se fue deprisa detrás de Troy, por el caminito de losetas que conducía a la entrada de uno de los edificios.

Entretanto, William continuaba en la misma postura, encogido sobre sí mismo, abrazando sus piernas con ambas manos, y con la cabeza apoyada sobre sus rodillas. Empezaba a sentirse muy impotente, solo y triste. La nostalgia de Troy y de sus amigos volvía a extender sus negros tentáculos hacia su corazón. Se preguntaba si alguna vez acabaría esta pesadilla, o si le llegaría la extrema vejez encerrado en esta habitación.

«La vejez... ¡O la muerte!», se dijo. «¿Te imaginas? Morir de viejo, y que dentro de mil años encuentren mi cráneo por aquí rodando, y se pregunten cómo pude llegar hasta este horrible lugar... Y qué clase de destino adverso me impidió salir de nuevo, a la libertad y al aire libre, a mi novio y a mi público... A la fama... A la vida...».

Se encontraba en este punto de sus sombríos pensamientos, cuando empezó a escuchar el sonido de pasos que regresaban por el pasillo. Levantó la cabeza, poniéndose alerta de nuevo, y abrió oído con atención. Y en efecto, los pasos se acercaban. Pronto pudo oírlos con toda claridad, a poca distancia de su puerta, y no solo eso. También escuchó algo que en este momento le sonó a coros celestiales: la voz grave y rasposa de David.

—William, ¿me escuchas?

—¡Sí! —contestó William.

Empezó a moverse deprisa para levantarse, y solo entonces se dio cuenta de que le dolían todas las articulaciones, tal vez de haber pasado tanto rato sentado en el suelo.

«Hablando de vejez, ¿ves lo que te digo?», pensó. «Me estoy quedando rígido. Ah, por favor, que este hombre me saque de aquí de una vez. No me agradaría verme convertido en fantasma, y tener que contemplar mi propia canina rodando de un lado a otro por este miserable cuartucho...».

Si Max hubiera podido oír sus pensamientos, le habría dicho que tenía que dejar de leer libros de terror. Pero como Max no estaba aquí, ni tampoco podía leer mentes, que él supiera, pues William suponía que era libre para imaginar cosas macabras. A ver si la muerte las veía, se asustaba, y le echaba una mano, en esto de conseguir que le liberasen pronto...

—Te estaba esperando, David —dijo en voz alta, haciendo muecas mientras se ponía en pie al fin y movía el cuello a un lado y al otro—. ¿Hay noticias?

—No tengo ninguna noticia directa de Troy —contestó David—. No todavía.

—¿Cómo puede ser eso? —se extrañó William—. Ya debe ser tarde, ¿no?

—Sí. Pero Jordan ha estado ocupado.

En cuanto la última frase hubo salido de su boca, Reggie sintió una oleada de inseguridad, tan

brusca como si alguien le hubiera golpeado con ella en toda la frente. Acababa de decirle al prisionero que Jordan era el jefe de todo esto... ¡Y con la mayor naturalidad del mundo, además! Y vale que William lo hubiera intuido desde el principio, como de hecho así era... Y vale también que él mismo le hubiera ratificado ayer esas sospechas... Pero aún así... ¿Hacía bien comportándose de esta manera?

Miró a Dan, mordiéndose los labios. El rapero asintió muy serio con la cabeza. Sus ojos hablaban de comprensión y de decisión, de apoyo y de ánimo. Reggie sintió que el otro chico apretaba su mano en la suya.

—¡Has hecho bien! —le cuchicheó Dan, como si le hubiera adivinado el pensamiento—. ¡Sigue!

—¿Ocupado? —sonó al mismo tiempo la voz de William al otro lado de la puerta.

Parecía confuso, de modo que Reggie se apresuró por explicar:

—Sí. Acaba de llamar. Dice que anoche unos desconocidos intentaron entrar en el Averno.

William se llevó una mano al pecho, donde estaba su corazón, dando saltos como un loco.

«¡Troy!», fue lo primero que pensó. «¡Troy, Austin y Seth, intentando salvarme!».

Podía sentir el tacto frío del colgante de plata que llevaba al cuello, apretado contra la piel de su esternón. El colgante con el nombre de su novio...

«Troy no se habrá atrevido, ¿verdad?», se dijo. «No habrá...».

Durante unos instantes, se quedó allí de pie, con la mano en el pecho, mirando con grandes ojos a la puerta cerrada ante sí. Le daba vueltas la cabeza, solo con imaginar que Troy y sus amigos hubieran intentado de veras realizar esa locura.

«Pero sería tan propio de Troy...», lloró su corazón. «Él también sospecha de Jordan desde el principio, lo sé. ¡Pero yo no estoy en el Averno! ¡Y Troy no lo sabe! ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo podría comunicarme con ellos? ¿Qué puedo hacer?».

Sintió un nudo en la garganta, que amenazó con querer convertirse en un sollozo. Estaba sobrecogido por la emoción. Sabía que Troy removería cielo y tierra para salvarle, lo había sabido desde el principio. Y él se sentía muy orgulloso de su dragoncito, y admirado por su valor, y agradecido, y a la vez...

A la vez, notaba una congoja inmensa. Porque si Troy había hecho algo como eso, era porque estaba desesperado. Y su sacrificio, su acto de heroísmo incluso, habría sido absolutamente en vano, porque William no tenía ni idea de dónde estaba, pero sí tenía muy claro

que no era en el Averno.

La voz de David continuaba hablando al otro lado de la puerta. William trató de centrarse en sus palabras. Aunque lo tenía bastante difícil, con su corazón latiendo como un desesperado en sus oídos, y este nudo y casi sollozo alojado en su garganta...

—Sé que estas noticias para ti no deben ser muy importantes —decía David—. Pero hemos querido contártelas para que sepas lo que se cuece.

—¿Me lo cuentas por orden de Jordan, entonces? —balbuceó William sin comprender.

—No. Ha sido decisión nuestra. Jordan no lo sabe.

—Ah.

—Me ha dicho que ahora va a enterarse de si Troy ha hecho algo con el grupo, y que me llamará de nuevo.

William trató de asimilar toda esta información, a pesar de que se encontraba todavía confuso y perplejo. Por primera vez, la voz de David no le sonaba fría, desapegada ni distante, sino amable y casi cálida. ¡Y le hablaba de Jordan con toda naturalidad!

«Parece una persona normal, un chico de mi edad y no un malvado», se dijo. «Y el modo en que habla de Jordan... No lo hace como lo haría un enemigo. Parece como si todos estuviéramos del mismo lado. ¡Incluso dice que Jordan no sabe que han venido a contarme esto!».

¿Sería una señal de que David estaba cambiando? ¿Estaría apiadándose de él, por fin? ¿Estaría pensando en cambiar de bando?

Al mismo tiempo que ocurría esto, Little B continuaba agazapado tras las cortinas, con un ojo asomado por un huequecito entre ellas.

—Han dejado a un tipo junto al coche, y los otros dos vienen hacia aquí —le dijo a Paul en voz baja—. Parecen acercarse a la puerta de entrada... Vienen por el caminito de losetas...

Mientras hablaba, iba girando el cuerpo poco a poco para seguir a los dos desconocidos con la vista, sin dejar de vigilar al otro, al que estaba solo. Chasqueó la lengua.

—Los pierdo de vista, Paul —continuó—. El edificio hace esquina, y ya no los veo más... Van a entrar... Si llaman al timbre, ya sabemos quiénes son...

Los dos desconocidos desaparecieron por detrás de la esquina. Eran el que le recordaba a Troy, y otro más, un tipo con el pelo muy corto que también le resultaba extrañamente familiar, aunque en aquel momento, paralizado por el miedo como se encontraba, Little B no consiguió

recordar dónde lo había visto antes.

A su espalda, Paul murmuró:

—¿Por qué iban a llamar?

—Yo qué sé. Ni siquiera sé qué hacen aquí, para empezar... El otro sigue allí plantado. Mira hacia aquí... ¡Qué marrón, Paul!... Como sean de la policía, estamos perdidos...

—¿Llamo a Reggie?

—¡No! —susurró Little B. Alargó una mano hacia Paul para hacerle un gesto de que aguardase—. ¡Todavía no!

—Pero si dices que están ahí...

A Little B le ponía nervioso la voz de Paul. Este hablaba en susurros, pero el sonido le parecía al rapero demasiado grave y potente. ¡Y no entendía por qué insistía ese inconsciente en seguir hablando! Desesperado, le hizo señas con la mano, sin dejar de mirar fuera, apremiando:

—¡Shh! ¡No hables ahora! ¡No respire! ¡No hagas nada hasta que los vea salir de nuevo!

Paul pareció entender por fin, porque no dijo nada más. Little B agarró las cortinas con ambas manos, dispuesto a desaparecer tras ellas a la más mínima señal de peligro. Le costaba respirar y estaba sudando. Ya no veía a los otros dos, únicamente al que se había quedado solo, que permanecía allí de pie, junto al coche, como un soldado montando guardia. Le hizo sentir vigilado. Le dio pánico.

Tenía la sensación de que de un momento a otro iban a ocurrir dos cosas. Que uno de los desconocidos iba a llamar a la puerta del apartamento, y que el otro iba a surgir de repente desde debajo de la ventana, para aparecer delante de su nariz, al otro lado de la reja, exclamando, triunfante: «¡Os pillamos!».

Paralizado por el miedo, Little B se quedó allí agazapado, en silencio, conteniendo la respiración. Se sentía como una liebre bajo el vuelo de una rapaz. O peor aún, como un cordero ante una jauría de lobos: rodeado, sobrepasado, acechado... Y que iba a ser cazado en breves momentos por depredadores expertos. El pánico inundaba toda su mente, y lo único que fue capaz de hacer fue quedarse quieto, mirar fuera, al tipo que estaba solo y al lugar donde vio desaparecer a los otros dos alternativamente, esperar...

Y nada más, porque ni siquiera era capaz de rezar.

Capítulo 3

Austin se quedó mirando a Troy y a Frank mientras caminaban deprisa por el camino de losetas hacia la entrada del edificio más cercano, el que tenía la fachada ennegrecida. La cancela de hierro parecía estar abierta, y dentro todo estaba oscuro. Sus dos compañeros entraron, y Austin los perdió de vista.

El batería suspiró y se removió un poco en su lugar, tratando de relajar los hombros y mirando alrededor, nervioso. Paseó la vista una vez más por las ventanas de la planta baja, pero no consiguió ver nada. Ni un movimiento, ni un brillo extraño, ni por supuesto, ninguna cara asomada al exterior, observándole a su vez...

Sin embargo, él tenía una extraña sensación, y era esa, la de estar siendo observado o vigilado. La tenía desde hacía unos minutos, y se había hecho más intensa en el momento en que sus compañeros se habían marchado. Era muy desagradable. Le erizaba los pelos de la nuca y le creaba un vago desasosiego en la boca del estómago.

Apretó los puños dentro de los bolsillos de su cazadora. Le sudaban las manos. Miró de nuevo a la calle, a un lado y al otro y a su espalda, por encima de su hombro. Hasta donde podía ver, no había otros peatones, y tampoco pasaban coches por la carretera. Todo estaba tranquilo alrededor... Tal vez demasiado tranquilo.

Austin se sintió de pronto pequeño y desprotegido, vulnerable, aquí solo, de pie junto a un coche desvalijado, en una calle donde no había nadie más, y ante unos edificios cuyas ventanas eran pozos cuadrados negros... Si había alguien ahí dentro, y si tenía una pistola o una escopeta, tenía en su persona un blanco muy fácil...

Le invadió la necesidad de salir corriendo y de meterse detrás del coche, al otro lado de este, por la carretera, para buscar la poca protección que pudiera darle este chasis tan brillante y reluciente. No lo hizo porque, siendo objetivo, no parecía haber ningún motivo de alarma, y no quiso quedar como un crío delante de los otros dos hombres, y que cuando estos regresaran le encontraran allí agazapado, haciendo el payaso. Pero...

«Pero esta sensación de que me están mirando no se me va», se dijo. «¿Estaré paranoico?».

En todo caso, le parecía que lo mejor que podía hacer era mantener los ojos bien abiertos, como había dicho Frank, y estar atento al más pequeño movimiento. No solo por alertar a sus compañeros a tiempo, sino también por él mismo...

Entretanto, el silencio se alargaba al otro lado de la puerta de la habitación de William, y Reggie volvió a sentirse inseguro. ¿Quizás le había dado demasiada información? ¿Estaría William

maquinando algo con ella? ¿O habría sido demasiado amable?

A decir verdad, antes de dirigirle la palabra al prisionero, en ningún momento se había parado a pensar acerca de qué le diría, ni cómo se lo diría. Se había limitado a confiar en su instinto, y en que la práctica que había adquirido a la fuerza, a base de hablar con él, le sirviera de inercia y de apoyo, e hiciera por él lo más difícil. Por una vez, no se había esforzado por aparentar ser el malo de la película, guiado por la esperanza de que el aire desapegado y distante le saldría por sí solo, por piloto automático. Pero no había contado con algo importante.

Ayer, cuando llegaron aquí, Reggie sentía respeto y miedo de su prisionero. Le intimidaba mucho, esto de ser el único que podía hablarle. Temía ser descubierto en algún momento. Y también temía tener que abrirle la puerta. Había visto pelear a William, había padecido su furia en el coche, le había visto hacer un intento alocado de fuga... Y el otro joven le parecía más una fiera enjaulada que un hombre.

Para poder llevar a cabo su misión con este miedo a costas, Reggie se esforzó mucho por ver a William como un prisionero, y por mantener la distancia con él. Lo último que necesitaban era que el otro se le subiera a las barbas. Pero hoy las cosas eran muy diferentes...

Con el paso de las horas, Reggie había ido adquiriendo seguridad y confianza en sí mismo, y se sentía cada vez más cómodo en su puesto de jefe, y por tanto, cada vez con más autoridad. William había pasado muy pronto de ser una fiera, a ser su responsabilidad, y luego, poco a poco, a ser uno más del grupo. Al fin y al cabo, también tenía que ir al baño, también tenía que asearse, también tenía que comer...

Ahora William era otra de las personas que Reggie tenía a su cargo, un compañero más al que tenía que llevar sano y salvo al otro lado de esta aventura. Y en consecuencia, Reggie había empezado a ponerse en su lugar, a ratos, para poder anticiparse a sus necesidades. Ahora sabía, por ejemplo, que si él hubiera estado aislado en una habitación durante horas y horas, habría agradecido tener cualquier noticia del exterior, por nimia que esta fuera. Por eso estaba aquí.

Pero tal vez no estaba bien que le tratara como a uno más. Tal vez William pensaba que se estaba ablandando, y estaba ideando algún plan para usar eso en su beneficio. Tal vez Reggie se había salido del papel, siendo tan amable, y eso podría alterar el curso de las cosas.

Miró a Dan, preocupado. Si William hacía otro intento de fuga más en serio... Si les veía las caras... Si lograba escaparse, y se iba a la policía para decirlo...

A Reggie no le importaba lo que pudiera pasarle a él. Pero no podía soportar la idea de que detuvieran a su precioso rapero.

«Tengo que tener más cuidado con William», pensó. «Darle noticias es una cosa, y demostrar debilidad es otra. No solo se trata de mí. Tengo que proteger a mis chicos. Sobre todo a Danny...».

Y ponerse su coraza de frío desapego era el único modo que se le ocurría en este momento. Se le antojaba un escudo bastante frágil, la verdad, además de intangible, inestable y poco de fiar. Pero no tenía otro.

Por su parte, Dan le miró a él con la expresión limpia y un poco confusa. No cabía duda de que no tenía ni idea de lo que estaba pasando por su cabeza. Y a Reggie se le ocurrió pensar que, por esta única vez, quizás fuera mejor así...

—¿Qué pasa? —cuchicheó Dan. Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta—. ¿Por qué no habla?

—William, ¿estás bien? —dijo Reggie en voz alta, haciendo un esfuerzo por sonar serio y distante, como había hecho en ocasiones anteriores.

—Sí. Perdona, David —contestó William con voz suave.

Habló muy cerca de la puerta. Reggie tuvo la sensación de que, de no haber mediado esta entre ellos, el prisionero habría estado justo delante de él.

—Te agradezco mucho las noticias. Más de lo que crees —continuó William.

—Te dije que cuando supiera algo, te lo contaría —repuso Reggie, en tono inexpresivo.

—Sí. Y lo has cumplido. Pero quería preguntarte... ¿Qué pasó con los tipos aquellos? Los que intentaron entrar anoche en el Averno.

—Nada. No lo consiguieron. Cerbero y el vigilante los descubrieron y se fueron corriendo.

William bajó la cabeza, con un suspiro de alivio. ¡Gracias a Dios! Si hubieran atrapado a Troy o a alguno de sus amigos, y hubieran acabado en la cárcel por su culpa, habría sido una catástrofe... Además de un sacrificio inútil, porque William no estaba en el Averno...

«¡Huyeron!», pensó, apretando el corazón de plata que colgaba de su cuello en una de sus manos. «Menos mal. Espero que estén ahora en casa, a salvo...».

El nudo que tenía en la garganta había desaparecido, y los latidos de su corazón empezaban a calmarse poco a poco. Bastante más sereno, se pasó una mano por los ojos y carraspeó para aclararse la voz, antes de decir:

—¿Y se sospecha quién ha podido ser? ¿Ladrones, tal vez?

—Jordan cree que ha podido ser Troy con unos amigos —contestó David—. Pero eso es solo una suposición suya.

—¿No les vio las caras? —insistió William.

La sola mención del nombre de su novio había hecho que su corazón volviera a dar un saltito dentro de su pecho. David repuso, con voz inexpresiva:

—No.

—O sea, que lo cree, pero no tiene pruebas.

—Exactamente —se limitó a decir David.

Otra vez hablaba con su tono frío y desapegado habitual, pero eso no incomodó a William. No necesitaba un arranque de efusividad por parte del otro hombre. Su palabra había sido suficiente.

«¡Jordan no tiene pruebas!», se repitió, esperanzado. «¡Oh, por Dios bendito! ¡Gracias!».

Se permitió un instante para cerrar los ojos y sentir cómo se extendía el alivio por su corazón, su pecho y todo su cuerpo. Troy estaba a salvo. Y mientras él lo estuviera, William aún tenía una posibilidad de salir de esta.

—A lo mejor han sido unos vulgares ladrones, y Jordan cree que ha sido Troy porque está paranoico —concluyó.

—Sí —respondió David.

William sintió que se le escapaba una risita, nerviosa y emocionada.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer? —dijo—. ¡Acabas de llamar paranoico a tu jefe!

—Bueno, también es una persona, ¿no? —contestó David—. Y como todas las personas, comete errores.

William se quedó mirando a la puerta, con una sonrisita bailando en los labios. Cada vez le caía mejor este David...

Austin empezaba a pensar que sus dos compañeros estaban tardando demasiado ahí dentro, y se preguntaba qué estarían haciendo, cuando los vio salir de nuevo por el umbral oscuro y regresar por el sendero de losetas, caminando deprisa.

Troy venía con las manos en los bolsillos de su chaqueta, igual que se fue, y con rostro inexpresivo. Tenía el ceño fruncido y parecía pensativo. Frank miraba atrás de modo serio y profesional, volviendo a escudriñar todas las ventanas, como si no se fiara de aquellos agujeros negros. Austin compartía el sentimiento.

—¿Habéis visto algo? —preguntó, en cuanto los dos hombres se reunieron con él en la acera.

—No —dijo Frank—. Hemos recorrido el bajo y el primer piso. Algunas puertas estaban abiertas, pero dentro no había nada ni nadie. El edificio parece estar abandonado.

—Y sin embargo, yo tengo una sensación... —dijo Troy. Se detuvo frente a Austin y le clavó sus ojos grises, añadiendo, en voz baja—: ¿No te parece que nos observan?

—Sí —asintió Austin, un poco sorprendido.

Había llegado a pensar que debían ser imaginaciones suyas, pero por lo visto, no era el único en notar este desasosiego.

—Sobre todo desde hace un rato —continuó—. Antes, mientras mirábamos el coche, no lo sentí. Pero ahora...

Troy también asintió.

—A mí me pasa lo mismo.

Frank intervino, agarrando a cada uno por un brazo:

—Razón de más para salir de aquí cuanto antes.

—Estoy de acuerdo —dijo Troy—. Pero tenemos que decidir lo que hacer, Frank. ¿A dónde vamos?

—A casa, ¿no? —se encogió de hombros Austin.

Troy se volvió de nuevo para mirarle.

—No, Austin. Tenemos que ir a la policía y decir que el coche está aquí.

—¿Ahora?

—¡Claro! Lo antes posible. Y tenemos que llamar a Hudson. Es una prueba importante, y él tiene que saberlo.

Austin se mordió los labios. Tenía razón, una vez más. Pero eso implicaba un nuevo retraso, y Seth estaba en casa, solo, expuesto a que llamara el secuestrador en cualquier momento...

—¿Y cómo lo haremos? —preguntó—. ¿Vamos a su despacho? ¿O te sabes su número de memoria?

—¡Claro que no! Y tampoco podemos ir a su despacho, sería perder un tiempo precioso. Estoy pensando...

Troy se llevó una mano a la barbilla, entornando sus ojos claros y mirando al vacío ante sí, en un gesto de concentración. Austin echó otro vistazo a las ventanas de la planta baja.

«Que piense rápido, por favor», se dijo. «Hay algo ahí que tiene ojos. Yo no sé si es un

gato, un fantasma, o un mafioso escondido, pero sea lo que sea, nos está mirando. Y yo estoy cada vez más nervioso...».

—¡Ya sé! —dijo Troy de pronto—. ¡Llamaremos a Seth! ¡Él también tiene que saber esto! Se lo contaremos, le diremos que vamos a ir a la policía, para que no se inquiete, y le pediremos que llame él a Hudson. ¡Tiene la agenda allí, junto al teléfono!

Austin asintió, conforme. Llamar a Seth, la idea era brillante. De ese modo, podrían contarle cómo les había ido, y él darles novedades a su vez. Pero había un pequeño problema, con el que seguro que Troy no había contado...

—¿Y desde dónde le llamamos, jefe? —dijo el batería, con una media sonrisa bromista—. Porque, que yo sepa, ninguno de los tres llevamos un teléfono en el bolsillo...

Troy hizo un gesto de contrariedad.

—¡Cht! Ya lo sé, ¿vale? Estoy en ello. Tiene que haber... ¿Dónde...? —Estiró el cuello para mirar a un lado y al otro de la calle, y al fin, exclamó—: ¡Ah! ¡Allí hay un teléfono público! ¡Vamos!

Austin miró a donde señalaba su amigo. En efecto, a unas decenas de pasos de ellos, bastante lejos del coche y de estos edificios tan siniestros, podía ver una pequeña cabina de teléfonos, de esas que solo contenían el aparato, bajo un minúsculo techo.

Los tres se pusieron en camino en seguida, indagando en sus bolsillos en busca de dinero suelto. A medida que se alejaban, la sensación de estar siendo observado por unos ojos invisibles se fue haciendo más y más pequeña. Austin se sintió como aligerado de un gran peso. De hecho, incluso pudo caminar más erguido, y se sintió bastante más animado. Aunque esto último no era solo por haberse liberado de esa sensación tan opresiva, sino también...

Bueno, porque por fin iba a tener noticias de Seth.

Y por su alma que él estaba seguro de que no estaba enamorado de ese hombre. Pero de repente sentía una alegría nueva, que le había faltado durante todo el tiempo que llevaban en el Bronx, y tenía hasta ganas de broma. Llamar a Seth. Troy no habría podido tener una idea mejor.

—Veo a uno de ellos señalar algo más adelante, en la calle —cuchicheó Little B—. Van hacia allí, no puedo ver a dónde...

Sí, los desconocidos se habían puesto en movimiento por fin. Caminaban por la acera, mirando en sus bolsillos, y hablando entre sí. Little B empezó a sentir una pequeña medida de alivio. ¿Sería posible que se hubieran librado?

—¿Los tres? —preguntó Paul.

—Sí. A lo mejor venían buscando otra cosa, después de todo... —respondió Little B, sin dejar de mirar por el pequeño hueco entre las dos cortinas.

—A lo mejor —convino Paul.

—Se van deprisa, ¿sabes? Ya casi los pierdo de vista... —Little B se sobresaltó—. ¡Ah! ¡No, espera!

Apretó los labios con fuerza y volvió a aguantar la respiración, encogido tras la cortina. Acababa de ver al tipo de antes, el de las piernas largas que le recordaba a Troy, detenerse justo en la esquina.

Los otros dos se habían perdido de vista al otro lado de la fachada del edificio adyacente al suyo, pero este tipo estaba allí de pie. Se había vuelto de nuevo en su dirección, y parecía revisar, una vez más, todas las ventanas de la planta baja con la mirada.

«Que no me vea, por Dios», pensó Little B, con el corazón volviendo a latir como un loco detrás de su esternón. «Que no me vea...».

No se atrevía a esconderse del todo detrás de la cortina, por si acaso el otro conseguía captar el movimiento de la tela y eso le delataba... Confiaba en que la distancia, la misma que le impedía a él ver con claridad la cara del tipo, le impidiera a este verle a él a su vez. Pero no tenía ninguna otra defensa, de modo que se quedó quieto, inmóvil, y aguardó, temblando, a ver cuál iba a ser el próximo movimiento del hombre...

Capítulo 4

—¿Ocurre algo, Troy? —preguntó Frank.

Se había detenido a su vez, y le miraba con aire preocupado. Troy sacudió la cabeza.

—No, es solo... ¡Qué extraña sensación! ¿Tú no la notas, Frank? La de tener a alguien vigilándote...

—No. Pero si lo sentís los dos, es mejor que...

—Sí, sí. Ya nos vamos.

Troy paseó la vista alrededor una última vez, por la acera desierta, con el coche negro desvalijado... El jardincito abandonado, cubierto de hierbas y piedras... Las ventanas de la planta baja, con sus rejas, sus cristales, y sus pozos negros insondables al otro lado...

Quería grabarse este lugar en la memoria, porque sentía que era importante. Y no solo porque era donde habían encontrado el vehículo que utilizaron para el rapto, ni por esa sensación tan extraña y desagradable de estar siendo observado por ojos invisibles...

Su presentimiento, el que tuvo anoche cuando estuvieron en el Bronx por primera vez, en lugar de desaparecer después de haber visto el coche, se había hecho más intenso. Era como si algo le llamara a este lugar, como si en el edificio abandonado, de paredes ennegrecidas por el humo, hubiera un imán gigante que le atrajera con una fuerza irresistible. De hecho, le costaba irse de aquí. Le costaba alejarse. Sí, incluso a pesar de estar sintiéndose vigilado. Y eso solo podía ser por un motivo...

«Will está cerca, lo sé. Lo siento», se dijo. «Y sin embargo, no hemos visto ni oído nada, y el edificio parece desierto y en ruinas...».

Claro que esto no significaba nada. Si William estaba por aquí, encerrado en alguna parte, no podrían verle ni oírle, ¿verdad? Y sus secuestradores desde luego que tampoco iban a hacer nada para llamar su atención...

Troy apretó los labios, decidido.

«Tengo que convencer a Fitzgerald para que venga aquí a investigar», pensó.

Aunque no sabía muy bien cómo lo iba a hacer. No parecía caerle demasiado bien a ese hombre...

—¿Troy? —apremió la voz de Frank.

Troy parpadeó. Se dio cuenta de que se había quedado absorto, mirando al edificio oscuro, y sacudió un poco la cabeza. Se volvió para marcharse definitivamente, murmurando:

—Sí, vamos.

Lo primero que tenían que hacer era avisar a Seth. Y luego, cuando estuvieran en la comisaría... Luego ya verían.

Entretanto, Little B continuaba mirando por la ventana con ansiedad. Paul le escuchó murmurar para sí:

—Vamos, vete con tus amigos... Si aquí no hay nada que ver... Eso es. Buen chico...

—¿Se han ido? —preguntó Paul.

—Creo que sí —contestó Little B, aún de espaldas a él, asomado por el hueco entre las dos cortinas—. Pero dame unos minutos, no vaya a ser que se les ocurra volver.

Paul guardó silencio. Se removió un poco, incómodo, y suspiró. Él permanecía de pie en el otro extremo del salón, preparado para silbarle a Reggie en cualquier momento. Echó otra ojeada por el pasillo. Desde aquí podía ver a sus dos compañeros, a cara descubierta, de pie delante de la puerta de William, pero no podía oír lo que decían.

«Espero que regresen pronto», se dijo. «Está siendo un momento de mucha tensión. Me habría sentido más seguro si hubiéramos estado aquí los cuatro juntos».

Resultaba extraño pensar que la presencia de esos hombres ahí fuera, que tanto habían alertado a Little B, también hubiera puesto nervioso a Paul. Con lo que le gustaban a él las películas de acción... Y ahora que tenían por fin algo parecido al auténtico suspense... ¿Se ponía ansioso y tenso? ¿Por qué? ¿No se suponía que debería estar sintiéndose en su elemento?

«No», se contestó. «Yo soy actor, o me gustaría serlo, no soldado ni espía. No he conseguido ver a los tipos, pero si Little B se ha impresionado tanto... No sé. Unos desconocidos investigando el coche y el edificio no da buena espina».

—En fin, la realidad es que todavía no sabemos nada de Troy —continuó diciendo Reggie—. Nada, aparte de esta sospecha de Jordan, se entiende. En cuanto sepamos algo nuevo, vendré y te lo contaré.

—De acuerdo —contestó William.

Su voz sonaba más segura ahora, más como siempre, y eso tranquilizó a Reggie en parte. Ahora bien, no tenía medio de saber qué había pensado William del intento de asalto al Averno

de anoche, ni si él también había creído que pudiera haberse tratado de Troy. El tono de William era reservado y cauteloso. Si lo había creído, desde luego su voz no lo había demostrado en lo más mínimo.

Los pensamientos de Reggie se interrumpieron. Dan estaba apretando su mano suavemente para llamar su atención. El batería se volvió para mirarle. Su compañero le señaló con la barbilla en dirección al salón.

—¿Qué le pasa a Paul? —murmuró—. ¿Qué hace allí?

Reggie volvió la cabeza ahora hacia el otro extremo del pasillo para echar una ojeada a su vez. En efecto, Paul estaba de pie en el umbral, pero no parecía estar mirándolos a ellos, sino al salón o a la ventana. Tal vez mirase a la silla de Little B...

—A saber... —susurró Reggie, encogiéndose de hombros. Volvió de nuevo la vista hacia la puerta para dirigirse al prisionero y le dijo en voz alta—: William, ya que estoy aquí, ¿necesitas alguna cosa?

—De momento no. Gracias, David.

Un sonido inesperado, aunque no del todo, interrumpió la conversación e hizo sobresaltar a Reggie: el timbre del teléfono. Y casi a la vez, se siguió de otro distinto, uno que no había esperado en absoluto. Desde el salón le llegó un alarido espeluznante en la voz de Little B.

Little B acababa de empezar a relajarse un poco, después de haber pasado los minutos más tensos de su vida. Los tres desconocidos habían desaparecido de su vista detrás de la esquina. Los instantes habían continuado transcurriendo, uno tras otro... Little B había podido contar los latidos de su propio corazón en su garganta... Los tipos no regresaban...

Ya empezaba a pensar que estaban a salvo, y se disponía a apartarse de la cortina para comunicarle en susurros la buena nueva a Paul, cuando de repente, le sobresaltó el sonido del teléfono a su espalda.

Little B había olvidado que estaban esperando la llamada de Jordan. Demonios, había olvidado incluso que existía Jordan, y que el apartamento tenía teléfono. ¿Cómo iba a pensar en eso, mientras vigilaba a esos tres, si había sentido que sus vidas estaban en peligro?

Tenso como estaba todavía por el miedo y la incertidumbre, el timbre del maldito cacharro fue la gota que colmó el vaso para sus pobres nervios. El rapero dio un salto formidable y se volvió de golpe, echando las cortinas con las dos manos y pegando la espalda a ellas, mientras soltaba un alarido de espanto, todo a la vez.

Por su parte, Paul se le quedó mirando por un instante con grandes ojos, sorprendido por su reacción quizás. De pronto, pareció recordar que el teléfono seguía sonando, y se lanzó de cabeza

a por él, como si fuera un buzo arrojándose al mar...

Reggie se llevó una mano al pecho, más impresionado por el grito de Little B que por el teléfono en sí. Vio que Paul daba un salto hacia la mesita donde estaba el aparato, y murmuró:

—Qué susto se ha dado Little B...

—Sí —contestó Dan.

Continuaba mirando al salón con rostro preocupado. Reggie se preguntó fugazmente si William podría oír también el teléfono desde su habitación... Pero ya estaba Paul asomándose otra vez al pasillo, y haciéndoles señas con una mano para que se acercasen.

«Es Jordan», pensó Reggie. «Quedó en que llamaría para darnos novedades sobre Troy. Querrá que le llame de nuevo. Y yo no me siento con fuerzas, de verdad...».

El familiar pellizco de ansiedad que sentía cada vez que pensaba en tener que hablar con el dragón, regresó y se instaló en la boca de su estómago, con la misma fuerza que la primera vez que Jordan le dijo que tendría que hacer esto. Soltó la mano de Dan con suavidad, y rodeó su cuerpo con el brazo. Empezaban a sudarle las manos por la ansiedad, y no quería que él lo notase. Le daba vergüenza.

—William, tengo que irme —dijo deprisa, dirigiéndose al prisionero—. Me reclaman en otro sitio. Dentro de un rato seguimos hablando.

—De acuerdo. Gracias de verdad, David —contestó William.

A pesar de su tono reservado, esta vez Reggie supo que era sincero.

«Misión cumplida, entonces», pensó, mientras cambiaba una mirada de complicidad con Dan y los dos se ponían en marcha.

Se alegraba de haber tenido tiempo de hablar con William, antes de que Jordan llamase otra vez. Ahora su prisionero sabía al menos la causa de los retrasos. A él le habría aliviado tener esta información, de estar en su lugar...

Claro que lo que Reggie sentía en este momento era de todo menos alivio. Miedo, nervios y anticipación serían palabras bastante adecuadas. Y otra más, resignación. Porque no había otro compañero que pudiera hacer esto por él, ni siquiera Dan... Y una última sensación: prisa. Porque cuanto antes llamara a Troy, antes pasaría el mal rato, antes disolvería Troy su grupo, y antes acabaría toda esta pesadilla.

Y entonces Reggie podía irse a casa, y prepararse para los ensayos de esta tarde. Y relajarse, y disfrutar de la compañía de Dan. Y olvidar todo esto, porque la misión había salido bien, y ya

no tendría que volver a hacer de malo nunca más...

Trató de imaginarse a sí mismo en su casa, preparando las cosas para los ensayos y la ropa para el concierto de mañana... Trató de imaginarse llegando con Danny al estadio esta tarde, de la mano, y saludando a Keith y a Liam... Trató de verse en su mente relajado, tranquilo, y con la sensación del deber cumplido... Pero no pudo. El nudo que tenía en su estómago se lo impidió. Todo su cuerpo estaba tenso, alerta, como si estuviera a punto de enfrentarse a una prueba terrible...

Y es que además tenía un presentimiento. Sentía que aquello que imaginaba y que tanto deseaba no eran más que eso, fantasías. No habría ensayos esta tarde, no para él. No podría abrazar a Keith y a Liam, reír con ellos y olvidarse de todo este asunto... No podría olvidarse tampoco de hacer de malo, no tan pronto... No viviría una tarde idílica con Danny y sus amigos...

Dentro de unos minutos, tendría que llamar a Troy. Reggie lo sabía. Y sabía también que el dragón no iba a ponerles las cosas fáciles.

—Hasta luego —concluyó David.

William respondió del mismo modo, y en seguida escuchó el sonido de unos pasos que se alejaban deprisa.

«No ha venido solo», dedujo el cantante. «No son dos pies, son cuatro. Seguramente, el que venía con él era Jonathan. Esos dos son pareja, te lo digo...».

Inspiró hondo y soltó el aire poco a poco, apretando todavía el corazón de plata contra su esternón. Esta conversación le había dado nuevas fuerzas. Ahora sabía que Troy estuvo anoche en el Averno con sus amigos con toda probabilidad, y que hicieron un intento fallido de rescate. Sabía también que Jordan no tenía pruebas de ello, que no les vio las caras, y que los desconocidos salieron huyendo. Sabía por tanto que Troy estaba a salvo...

Además de esto, estaba lo que David *no* había dicho: que Troy se estaba moviendo, que no se había quedado llorando, agazapado en un rincón.

«Eso no habría sido propio de mi dragoncito», pensó William.

No, pero una cosa era imaginarlo, y otra muy distinta era oírlo de labios de sus propios secuestradores. La idea le resultaba reconfortante, y por varios motivos.

En primer lugar, porque si Troy se estaba moviendo, tarde o temprano daría con él, o eso esperaba William...

En segundo lugar, porque si se estaba moviendo, eso quería decir que no había disuelto el

grupo, que continuaba peleando por él, por el futuro de ambos y el de sus amigos, y por sus sueños.

Y de nuevo, William sabía que lo haría, pero una cosa era pensarlo, y otra era saberlo, porque el mundo real le hubiera dado alguna clase de confirmación. Lo más irónico de todo era que lo había hecho, y había sido a través del único nexo que tenía con dicho mundo real en este momento, uno de sus secuestradores: la persona de David.

Persona que por cierto no parecía tener muy claro a qué carta quedar. Al principio de la conversación, le había hablado en tono amable, y más como un amigo que como un bandido. Y de pronto, había revertido de nuevo a su reserva y a su frialdad anteriores, sin que William pudiera decir por qué.

«Es un tipo raro», pensó. «Pero cumple sus promesas. Y ha venido a hablarme sin que Jordan lo sepa. Eso dice algo a su favor, ¿no?».

Esperaba que sí. Y esperaba también que David reflexionara y que decidiera cambiar de bando. Si lo hacía, William le acogería con los brazos abiertos. Pero... ¿Lo haría? Eso solo el tiempo lo diría...

La cabina de teléfonos estaba en unas condiciones lamentables, igual que el coche, los edificios, y casi todo lo demás.

A medida que se acercaban a ella, Troy ya pudo observar que estaba cubierta de grafitis en el exterior, y que en el suelo se amontonaba la basura. Había un poco de todo: latas, papeles, trapos viejos y sucios... Llegó un momento en que se le ocurrió preguntarse si habría realmente un teléfono en su interior, o si algún grupo de vándalos lo habrían arrancado y se lo habrían llevado...

Si era el caso, no sabía lo que iban a hacer. No había otros teléfonos públicos a la vista en esta calle, y tampoco conocían la zona, así que no era cuestión de ponerse a buscar... En lugar de eso, que sería una total pérdida de tiempo, harían mejor yendo al despacho de Hudson directamente.

Pero eso les llevaría mucho rato. Entre ir caminando hasta el coche, y luego salir del barrio, entrar en Manhattan y perderse en sus atascos interminables, podrían darles las dos o las tres de la tarde. A saber si para entonces el abogado no estaría ya en el apartamento, con Seth, tal como dijo que haría, y ellos habrían ido a su despacho para nada.

«Espero que haya teléfono, por favor», pensó Troy, ansioso.

Entre los tres habían reunido un montoncito de monedas. Si había teléfono, y si este funcionaba, le parecía que tendrían suficiente dinero para hablar con Seth y decirle lo importante.

Capítulo 5

«¿Cómo?», se preguntaba Keith. «¿Cómo ha podido Jordan enterarse de lo de anoche? ¿Será verdad que ha salido en las revistas? ¿Una cosa tan tonta como ir al cine?».

Hacía ya unos minutos que habían terminado la conversación telefónica con Grant, y Keith todavía no había sido capaz de reaccionar. Su cabeza era un mar de dudas. No hacía más que dar vueltas en círculos, mientras miraba ante sí sin ver, todavía con grandes ojos de sorpresa.

La idea de haber salido en la prensa del corazón era una de las cosas que le hacía dar vueltas la cabeza. No porque se avergonzara de su relación con Liam, todo lo contrario. Pero al escuchar, en la voz de Jordan y en tono burlón, que su salida de anoche estaba en las revistas, y que se rumoreaba que Liam y él estaban teniendo un romance, Keith se había sentido de pronto sucio, contaminado. Y de nuevo, no había sido por causa de Liam, sino de Jordan.

«Ese mal bicho no merecía saberlo. Y mucho menos así», pensó, apretando los puños sobre su regazo. Entornó los ojos en un gesto de decisión. «Liam nos ha defendido admirablemente. Yo no habría sido capaz de ser tan diplomático», se añadió.

Liam, su preciosa luna... Keith volvió la vista hacia su compañero, que todavía estaba sentado en el sillón de mimbre, a su lado. En el momento en que colgó el teléfono, se había llevado una mano a la frente, con la cara de la confusión absoluta, y así se había quedado. Era evidente que tampoco se había repuesto aún de la impresión que le había causado la charla.

—¿Le has creído? —preguntó Keith.

Su voz le sonó ronca y áspera en sus propios oídos. Invadió el confuso silencio que había reinado en el salón hasta ese momento, pero no de mala manera. Había algo más en la voz de Keith, algo que él no se esforzó conscientemente por añadir a la pregunta, pero que salió con ella de todas formas: complicidad, intimidad, la cálida familiaridad que fluía entre dos personas que se conocían desde hacía media vida. Ese calor sustituyó al silencio, y se extendió alrededor de ellos dos, en dirección a las paredes de la sala. Lo llenó todo poco a poco...

Liam levantó la vista para mirarle. En el momento en que sus ojos castaños se encontraron con los suyos, cansados, confusos y preocupados, Keith sintió que una nueva oleada de calidez brotaba entre los dos y se expandía, disipando el silencio, extinguiendo las tinieblas.

Ya no estaban solos para hacer frente a las locuras y excentricidades de Jordan Grant. Ya no eran uno más uno, cada uno de ellos con su propia vida y sus propios intereses... Ahora eran dos, con una sola vida y los mismos intereses. Una vida que había nacido hoy, esta noche pasada, y que aún era joven y trémula. Pero sin embargo, en algunos momentos se sentía como si tuviera ya diez años de existencia, el mismo tiempo que hacía que Liam y él se conocían. Este era uno de esos momentos.

—¿Qué? —murmuró Liam.

Su voz sonó como un débil graznido. Keith hizo una pequeña mueca.

—Lo de las revistas —contestó.

Liam frunció el ceño, ofendido.

—¡Claro que no! —exclamó. Pareció pensarlo mejor, porque añadió, haciendo un gesto con la mano—: Además, aunque fuera verdad que han publicado la noticia... ¿Y qué? ¿Significa algo, Keith? ¿Acaso no salimos en las revistas de vez en cuando, igual que él?

—Ya, pero...

Liam le lanzó una mirada de advertencia.

—No vayas a decirme que querías mantener lo nuestro en secreto, porque yo...

—¡No! —interrumpió Keith. Tomó una mano de su compañero en la suya, y se apresuró por decir, tranquilizador—: No, claro que no. En ningún momento he pensado eso, amor.

—Ah, menos mal. Porque te recuerdo que de nosotros cinco, yo soy el que menos ha salido en la prensa del corazón en los últimos siete años, y ya sabes por qué...

Keith asintió. La relación que había tenido Liam con su novio —su ex, se recordó una vez más—, había sido tan estable y anodina, que la prensa rosa casi llegó a olvidar que Liam también existía, y que seguía formando parte de los Red Devils.

Keith acarició la mano del otro joven con cuidado. De repente, se le ocurrió pensar que si alguien debía estar nervioso aquí por haber salido en la prensa, ese era Liam. Y sin embargo, se lo había tomado con admirable entereza.

—Ha debido ser una impresión muy fuerte para ti, ¿verdad? —murmuró.

Liam hizo una mueca de desdén.

—Con tal de que me relacionen contigo y solo contigo, lo demás me da igual —contestó.

Keith sintió que un agradable calorcito se extendía ahora por su pecho. Sonrió.

—Yo siento lo mismo —confesó.

Liam le miró, confuso otra vez, desde debajo de su mano y de su flequillo oscuro.

—Entonces, ¿por qué el tema de la prensa parece haber sido un problema para ti? —quiso saber.

—Oh, no es por la prensa. Es por Jordan. Me ha dado rabia de que se haya enterado así. ¿A ti no?

La mirada de Liam se ensombreció. Su voz también sonó más grave cuando repuso:

—Jordan no lo ha creído.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Por su tono de voz. Se ha burlado mucho y bien.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que lo ha hecho porque no se lo ha creído. Solo pretendía hacerme enfadar. Así que queda tranquilo, porque a todos los efectos, es como si no lo supiera.

Liam soltó su mano para darle un par de palmaditas en una rodilla. Luego bajó la vista a la mesita y volvió a apoyar la frente en su otra mano. Se humedeció los labios, como si los tuviera secos, aunque a Keith le parecían tan sonrosados y tersos como siempre...

«Tengo que decírselo», pensó Keith. «Lo que ha hecho hoy ha sido lo más valiente y maduro que le he visto hacer en mi vida».

Y le daba un poco de vergüenza, porque no quería volver a ponerse sentimental. Pero después de haber presenciado esta charla, su admiración por Liam había alcanzado una nueva dimensión, y sentía que él tenía que saberlo.

—Eh —le dijo suavemente, apretándole una rodilla con cuidado a su vez—. Lo has hecho muy bien, Liam. Estoy muy orgulloso de ti.

Liam cubrió su mano con la suya y le regaló una sonrisita débil y sin alegría. Sus dedos se movieron para meterse bajo la palma de Keith. Apretaron su mano, mientras la sonrisita desaparecía de sus rasgos, y Liam volvía la vista de nuevo hacia la mesita.

—Qué conversación tan surrealista, Keith —murmuró. Se lamió los labios, una vez más, antes de añadir—: Me he sentido todo el rato dando vueltas en círculo, y tratando de reconducir la charla a lo importante, sin conseguirlo. —Sus ojos buscaron los de Keith—. ¿Puedes creerte que incluso estoy mareado?

—¿Quieres un poco de agua? —ofreció Keith, solícito.

Liam le parecía de pronto muy débil y casi enfermo. Estaba muy pálido, y sus ojos parecían más grandes y más oscuros. Su mano estaba fría sobre la de Keith, como si hubiera agotado toda la energía que tenía en el cuerpo. Keith sintió la necesidad de cuidar de él, de devolverle la energía que se le escapaba, aunque no supiera muy bien cómo...

El bajista le hizo un gesto con la mano, como para decirle sin palabras que no hacía falta, que no se tomara la molestia. Pero Keith no hizo caso. Se puso en pie.

—Sí, mi vida —murmuró. Se inclinó para acariciar la mejilla de su compañero—. Estás muy pálido. Te vendrá bien. Y a mí también.

Liam le dirigió otra mirada fugaz, antes de encogerse de hombros, como dando a entender

que hiciera lo que quisiera. Keith se inclinó un poco más, le besó en la frente, y le dio un rodeo al sillón para dirigirse a la cocina.

No tardó más que un instante en coger una jarra de agua fresca y dos vasos. Regresó con ellos al salón, junto a su compañero. Miró a este mientras se acercaba desde atrás, preocupado. Liam había echado el cuerpo hacia delante para apoyar un codo en el brazo del sillón. Sus hombros se veían encorvados. Su larga cabellera castaño oscura estaba esparcida sobre ellos y la parte superior de su espalda. Gesticulaba en el aire con la mano libre, al tiempo que decía, como si estuviera hablando para sí:

—Dice que los que intentaron entrar anoche en su casa son los mismos que tienen a William. ¡Que se lo ha dicho la policía! ¿Quién puede creerse eso, por Dios?

Keith dejó los dos vasos sobre la mesa y vertió agua en ellos, mirando al otro joven de través. Alguna vez había oído decir a alguien, personal de marketing o algunos técnicos que les habían acompañado en las giras, que Jordan tenía el don de agotar a una persona después de una sola conversación.

«Te roba la energía, ¿entiendes?», le dijo una vez un técnico de iluminación. «¡Es un vampiro!».

Keith había visto antes muchas caras de Jordan. De hecho, creía que ya las había visto todas, y por eso no creyó estos rumores. Pero ahora que veía a Liam tan exhausto... Ahora empezaba a creerlos.

Le ofreció uno de los vasos al bajista, que lo tomó sin mirarle, murmurando un «gracias». Luego bebió un trago de agua, absorto, sumido en sus pensamientos. Y de pronto, exclamó, como si acabara de recordar algo:

—¡Y que está demasiado ocupado como para ir a apoyar a esos chicos, Keith! ¡Hoy quiere ensayar para el concierto de mañana! ¿Sabes? ¡Hoy!

—No me lo creo —respondió Keith, incorporándose con su vaso en la mano—. Seguramente, pasará el día con el peluquero, o tumbado junto a la piscina, bebiendo *whisky*.

Liam tomó otro trago de agua. Asintió varias veces al oír esto último, y alzó un dedo en el aire.

—¡Eso me estoy preguntando, si estaría borracho! —volvió a exclamar—. No me lo ha parecido, desde luego, pero estaba tan raro...

Keith hizo un mohín.

—En todo caso, parece que nuestras sospechas estaban infundadas, ¿no crees? —dijo—. Si Jordan estuvo anoche en su casa, no ha podido ser él quien ha secuestrado a William.

Liam levantó unos angustiados ojos castaños en su dirección.

—Entonces, ¿quién ha sido, Keith? —murmuró—. Si no ha sido Jordan, ¿quién?

—No lo sé —contestó Keith. Y más bajito, repitió, pensativo—: No lo sé...

Mientras Keith y Liam trataban de reponerse un poco, Jordan Grant estaba sentado en la silla giratoria de la sala de mezclas de su estudio de grabación, con el teléfono en la mano.

Acababa de llamar al apartamento del Bronx. Una vez más, había contestado Paul. Y una vez más, le había dejado esperando en silencio total. Le había dicho que Reggie había ido al baño y que vendría en seguida.

Jordan suponía que tal vez debería sentirse ofendido, por esto de tener que estar aquí esperando, por segunda vez consecutiva en pocos minutos, sin nadie al otro lado de la línea. Pero para su propia sorpresa, en esta ocasión no estaba molesto, al contrario. Casi agradecía tener unos segundos más para sí. Ya tenía compuesto en su cabeza el mensaje que quería transmitirle a Troy, pero aún no tenía del todo claro lo que podía contarle a Reggie y lo que no...

«Solo tengo que decirle lo que me interesa que sepa», se recordó. «Y eso implica no decirle ni una palabra de que me ha llamado Liam, ni de lo que me ha contado. Y tampoco decirle que el secuestro ha salido en la prensa, no vaya a ser que se me pongan nerviosos y abandonen el barco justo ahora...».

Para Jordan sería una catástrofe. Estaba absolutamente convencido de que Troy estaba a punto de rendirse, y que solo tenían que presionarlo un poco más para conseguirlo. ¡Abandonar el barco ahora no era una opción! ¡Todo lo contrario! ¡Tenían que estar más decididos que nunca antes!

Hizo girar la silla de un lado a otro, mientras jugueteaba con el cable del teléfono, mirando a la pared que había al otro lado de la ventana de cristal. Los discos de oro y platino relucían con brillo frío y distante, bajo la luz de las lámparas del techo del estudio...

«Por supuesto, tampoco le contaré a Reggie ni una palabra del presunto romance entre Keith y Liam», se dijo. «¡Tiene tiempo de enterarse, y de echar unas risas a costa de esos dos, cuando todo esto acabe!».

Por el momento, no le interesaba que Reggie se acordara de que tenían otros dos compañeros de grupo. Podría entrarle la nostalgia y llamarles desde el Bronx, y eso también pondría en peligro la misión. Y total para nada, porque Jordan estaba convencido de que el pretendido «romance» era mentira.

«No. Esa tontería solo me ha servido para reírme un poco de Liam», pensó. «A Reggie no le concierne en nada. Ahora bien, ¿qué más cosas no le conciernen? ¿Y cuáles sí?».

Continuó haciendo girar la silla lentamente, pensativo. Por esta vez, no le importaba esperar

a que Reggie se pusiera al teléfono...

Entretanto, Dan caminaba deprisa por el pasillo de regreso al salón, junto a Reggie. Este había soltado su mano, y ahora andaban lado a lado, sin tocarse. A Dan le parecía intuir el motivo. En el momento en que sonó el teléfono, la palma de Reggie empezó a sudar profusamente en la suya.

«Y sé que no es por Jordan, aunque lo haya pasado mal en la charla de antes», pensó. «Es por tener que llamar a Troy. Reggie lo pasa fatal con eso».

Le echó una ojeada de través a su compañero, mordiéndose el labio inferior, preocupado. El rostro de Reggie estaba serio, y no demostraba nerviosismo o tensión. Pero Dan ya sabía que la mayor parte de las veces eso era solo fachada...

—¿Quieres que hable yo con Jordan esta vez? —ofreció, antes de poder darse tiempo para pensar.

Sabía que no era eso lo que Reggie necesitaba. Reggie necesitaba no tener que hablar con Troy. Pero Dan no podía dárselo. Y aunque pudiera, aunque se ofreciera para hacerlo él, arriesgándose a ser reconocido... Después de todo lo que había pasado entre ellos, dudaba mucho de que Reggie le dijera que sí.

Pero aunque no pudiera hablar con Troy y quitarle esa carga, una de las más pesadas que llevaba, Dan sí podía hablar con Jordan. Eso no tenía por qué ser responsabilidad exclusiva de Reggie.

De este modo, le quitaría parte del peso... Y evitaría que Reggie se agotara antes de haber hecho lo importante, lo cual no era poco. La última conversación con Jordan había sido surrealista, y había extenuado a Reggie. Dan no quería ni pensar que tuviera que repetir algo como eso ahora, que apenas se había recuperado del todo, y justo antes de tener que llamar a Troy...

Porque sabía que tendría que hacerlo. Todos ellos lo sabían. Jordan parecía ser el único que continuaba confiando en una rápida rendición por parte de su rival.

Pero de modo muy previsible, Reggie negó con la cabeza al oír su oferta, y dijo:

—No, no hace falta. Ya estoy bien. Puedo hacerlo yo.

«No estás bien», pensó Dan. «Has soltado mi mano para que no note que estás sudando, y ahora no me miras a la cara. La dulzura tan propia de ti ha desaparecido... Te estás poniendo el gorro de jefe con cada paso que damos. Y aunque sé que lo haces para poder ser capaz de pasar el mal rato, también sé que eso te aleja de mí, y me duele. No me huyas, Reggie. Estamos juntos en esto, ¿no? Eso lo has dicho tú...».

Con todos estos pensamientos en su cabeza, Dan no fue capaz de contestar. Volvió la vista al frente para mirar a Paul, disgustado. El cantante les aguardaba allí de pie, con el auricular en una mano, cubriéndolo con la otra.

«Cuando Reggie se encierra en esta fría reserva, me siento tan impotente y tan solo...», se dijo Dan. «La distancia que pone se siente casi como una barrera física. Hace daño».

Y a pesar de que esto había ocurrido ya varias veces en las últimas horas, él todavía no había logrado encontrar el modo de atravesar esa barrera. Al otro lado de ella, el mundo era un lugar muy frío, solitario y triste. Dolía sentir a Reggie tan cerca, y a la vez tan lejos, replegado detrás de un escudo de hielo.

Y Dan era el primer sorprendido por pensar esto. El mundo nunca antes le había parecido frío ni triste... Pero antes aún no había conocido a Reggie, al verdadero Reggie. Eso era lo que marcaba toda la diferencia.

«Reggie es un sueño», se dijo. «Y cuando se repliega así, me lo arrebató y me quedo solo. Tan solo...».

Capítulo 6

Reggie desvió la vista por un instante para mirar a su compañero. Le sorprendía mucho que no hubiera dicho nada, que no hubiera respondido en modo alguno a su negativa, y que hubiera continuado caminando en silencio.

El otro joven estaba serio, como sumido en sus pensamientos, pero una leve arruguita de angustia le fruncía el entrecejo. A Reggie le sorprendió también que no se volviera para mirarle a su vez, al sentir que él le estaba observando, y que no le dirigiera una cálida sonrisa para darle ánimos. El modo en el que Dan *no* miraba a Reggie le resultaba a este muy sospechoso.

«Está disgustado», pensó. «Y es normal. Otra vez se ha ofrecido para hacer algo, y otra vez lo he dejado fuera».

Pero es que Reggie sentía que tenía que ser él quien hablara con Jordan. Si este tenía que transmitirle instrucciones para llamar a Troy... ¿No sería muy difícil hacerlo a través de Dan? Y todavía si Reggie se encontrara enfermo, o estuviera incapacitado, u ocupado con otra cosa, pues sería lógico que delegara en un compañero. Pero él se encontraba bien...

«Es más, no quiero que Jordan piense que me escondo de él», se añadió. «Y después de lo que pasó anoche, tampoco quiero que crea que estoy poniendo a Dan como escudo para no tener que hablar con él. Ya he hablado con Jordan una vez desde que se fue. Puedo hacerlo una segunda».

—Lo siento, Danny —murmuró—. No he querido sonar tan tajante.

—Ya... —se limitó a responder el rapero, sin mirarle.

Reggie se mordió el labio inferior. Le dolía sentir a Dan tan disgustado y distante. Era verdad lo que le dijo antes. Necesitaba sus mimos, le daban fuerzas. Le hacían sentir que no estaba solo en esto, que era parte de un «nosotros». Le hacían sentir que, por primera vez en su vida, no tenía que afrontar solo una situación difícil que le sobrepasaba, y eso para él no tenía precio.

De pronto, tuvo una idea, y era bien sencilla. ¿Por qué no se lo recordaba a Dan? ¿Por qué no se lo pedía sin más, de corazón? ¡Ah, pero estaban ya a dos pasos del teléfono! ¡No había tiempo!

«Sacaré tiempo. Lo pararé, lo fabricaré si hace falta», se dijo Reggie con decisión. «Para este “nosotros” tan hermoso que acaba de nacer entre Danny y yo, siempre tiene que haber tiempo».

De modo que se detuvo. Agarró al otro chico por un brazo y tiró suavemente de él hacia sí, susurrando:

—Danny, espera.

Dan se detuvo en seco. Reggie había vuelto a pararse en mitad del pasillo. Su mano sobre su brazo le retenía, de modo firme pero tierno. Dan no quiso mirarle a los ojos.

En lugar de eso, le dirigió una ojeada a Paul, que estaba aguardándoles allí al fondo, a dos pasos, con el auricular en las manos. El cantante le miró de modo interrogativo, y Dan le hizo seña de que aguardase con una mano. Le habló a Reggie en susurros:

—Reggie, Jordan está esperando.

—Puede esperar un segundo más.

—Pero...

—Danny, mírame.

—Reggie...

—Sí, Danny, esto es importante. Por favor, mírame.

Dan resopló y volvió la vista hacia él, ansioso. ¿Qué demonios podría pasarle ahora a Reggie? ¿Acaso iba a pedirle perdón de modo más solemne? ¿O iba a darle otra de sus charlas, acerca de que estaban juntos en esto, para luego no cumplirlo?

Le sorprendió ver los ojos de su compañero. Continuaban serios, pero ahora había en ellos todo un abanico de emociones. Dan supo leer la angustia y el desamparo a la cabeza de ellas, y algo más: la honestidad. Supo que este que tenía ante sí ahora mismo era el verdadero Reggie, el que tenía miedo de Troy, el que no se sentía capaz de hacer de malo. Se sintió sobrecogido por el regalo que acababa de hacerle su compañero, y a la vez, confuso. ¿Por qué hacía unos instantes Reggie se encerró en su fría reserva, y ahora le mostraba esto?

—¿Puedo pedirte que hagas algo por mí? —murmuró el otro chico, sin apartar sus ojos azules de los suyos—. Es algo que nadie más puede hacer.

«Lo que sea», pensó Dan sin vacilar. «Haré lo que sea por esos ojos, lo que sea por ti, Reggie. Pero no me pidas que me quede al otro lado de tu barrera de hielo sin echarte de menos, porque eso no puedo hacerlo...».

No dijo nada, sin embargo. Apretó los labios y se limitó a asentir con un gesto. No quería ponerse ahora a hablar y explicar. Además, no estaba muy seguro de que Reggie fuera capaz de entenderle, de todas formas. Para empezar, ni siquiera sabía si Reggie se daba cuenta de que levantaba ese muro de hielo que lo dejaba a él fuera. Y no le parecía que fuera el momento adecuado para abordar ese asunto...

Sin embargo, Reggie le volvió a sorprender. Sin apartar la vista de sus ojos, sin esconder de él al verdadero Reggie, se acercó más a su cuerpo. Le rodeó con un brazo, como si necesitara sentirle a su lado, y murmuró:

—Por favor, quédate conmigo. No te separes de mí, no te alejes. Abrázame. Déjame sentirte.

Dan no fue capaz de reaccionar, pero Reggie tampoco le dio tiempo. Hizo un gesto con la cabeza, apretando los labios, antes de añadir:

—Te prometo que nunca antes le he dicho a nadie algo como esto, y no me siento cómodo haciéndolo. Siempre he estado solo, y hace muchos años que me he resignado a mi suerte, y a que tenía que enfrentar las cosas como pudiera. Pero esto es diferente, porque tú eres diferente.

Su mirada azul continuó clavada en la suya, y su voz grave le acarició el oído mientras proseguía, muy bajito:

—Danny, si hablas con Jordan me ayudarás solo un poquito, en la superficie. Y tal vez nos busquemos un problema mayor con él...

—No le tengo miedo —murmuró Dan.

Reggie sacudió la cabeza. Parecía ávido por continuar.

—Si te quedas a mi lado, me ayudarás mucho más. Lo harás por dentro, ¿entiendes? Dándome fuerzas.

Dan le miró de través con desconfianza.

—¿Estás tratando de consolarme, para que no me disguste porque quieres hacerlo todo tú solo?

Reggie volvió a negar.

—No. Te estoy diciendo que somos parte de un «nosotros», de un equipo.

—Eso ya me lo has dicho antes —respondió Dan con amargura.

—Danny, es de verdad.

—¿Qué equipo somos, si todas las cosas importantes las haces solo?

—Solo no. Contigo.

—Conmigo a tu espalda, como tu sombra. ¿Es eso para lo que me quieres?

—¡No! —Reggie hizo un gesto de contrariedad, chasqueando la lengua—. Danny, si tuviera que hacer esto solo, sin ti, lo haría, ¿sabes? No te necesito realmente. Estoy acostumbrado a tener que hacer cosas difíciles solo...

—Entonces, ¿para qué me quieres a mí? ¿Para hacer bonito? ¿Para sentirte especial? —dijo Dan, ofendido.

Cada vez le costaba más comprender a dónde quería ir a parar su compañero. Reggie hizo ahora un gesto de extrañeza, frunciendo el ceño.

—¿Qué demonios? ¡No! —Apretó el brazo de Dan para más énfasis—. Un equipo es un equipo, Danny. Cada uno tiene su función. Si yo tuviera que hacer esto solo sin ti, lo haría, ¡pero saldría un desastre!

—¿Y cuál es mi función, a ver? Porque te prometo que no lo entiendo.

—¿No? ¡Pues te estoy pidiendo que por favor seas tú la fuerza de los dos, porque yo no tengo!

Dan se quedó mirando a su compañero con grandes ojos.

—¿La fuerza? —repitió, en un murmullo.

—¡Sí! Yo pondré la voz, no me importa. Pero por favor, pon tú la fuerza que hay detrás de la voz. —Reggie negó con la cabeza—. No puedo hacer esto. Sin ti no. ¿Y qué va a ser de todos nosotros, si no lo hago?

Dan apretó los labios de nuevo. Le parecía que empezaba a comprender. Con mucho cuidado, rodeó el cuerpo de su compañero con un brazo y le atrajo hacia sí, murmurando:

—Reggie...

Una vez más, se sentía sobrecogido. Nunca se le habría ocurrido ver todo este asunto de esta manera. Era cierto que Reggie se quedó muy cansado después de la anterior llamada telefónica de Jordan, pero ya estaba mejor, o eso parecía. Al verle encerrado en su fría reserva, Dan creyó que lo hacía porque se sentía fuerte, y quería hacer esto solo...

Ahora sabía que lo había hecho por el motivo contrario: porque no tenía fuerzas, porque estaba asustado, porque necesitaba protegerse...

—Seré tu fuerza, Reggie —susurró—. Aunque me sienta un poco mal tener que quedarme siempre atrás... Pero tienes razón. Tu voz es la mejor que tenemos para hablar con Jordan y con Troy. —Le besó la mejilla y le repitió al oído—: Seré tu fuerza, amor.

Reggie apretó su cara contra la suya con una mano. Dan sintió la caricia de sus pestañas en una de sus mejillas, y supo que había cerrado los ojos. Le sintió tomar aire, despacio y entrecortado, y soltarlo poco a poco. Los músculos de su espalda se relajaron un ápice bajo su mano...

«Está aliviado», pensó. «Tal vez pueda aligerarle algunas de las cargas que lleva, después de todo...».

Reggie le besó en la mejilla y cuchicheó:

—Gracias.

—A ti, por mostrarte vulnerable... Por permitirme ver al verdadero Reggie.

Reggie le rodeó con los brazos y le apretó con ternura.

—Te quiero tanto...

—Y yo a ti, Reggie.

—¿Podemos ir, entonces? ¿Estamos listos?

—M-m.

Reggie se apartó despacio. Sus manos acariciaron los hombros y los brazos de Dan mientras le dejaban ir. Parpadeó, y sus ojos buscaron de nuevo los suyos, tímidos e inseguros.

—No te quedes fuera —le murmuró—. Ni tampoco atrás. —Apretó sus brazos con ambas manos como para dar énfasis, una vez más, y añadió—: A mi lado, los dos juntos. ¡Ese es tu sitio, Danny!

Dan asintió, con una sonrisita admirada. Reggie miró a Paul por encima de uno de sus hombros y susurró, con miedo en los ojos, pero la expresión valiente y decidida:

—Vamos, mi vida. A por ellos.

—A por ellos —repitió Dan, dejándole una palmadita en la espalda, antes de volverse a su vez.

La mirada de Reggie continuó siendo asustada, pero no obstante, se puso en camino. Dan se mantuvo a su lado, mirándole. Quería seguir mirándole todo el tiempo que pudiera, espiar en sus ojos, observar cada arruguita de su entrecejo, y detectar hasta el más pequeño cambio en su tono de voz...

Reggie confiaba en él para ser su fuerza. Y para poder hacerlo, Dan tenía que estar atento y que no se le pasara nada por alto. Hablar con Jordan y con Troy quizás fuera lo más difícil, y a la vez lo más importante, de todas las cosas que tenía que hacer Reggie. Dan iba a estar ahí para él. Lo harían juntos. Que Reggie no pudiera decir nunca que Dan no sabía trabajar en equipo.

En los escasos dos pasos que les separaban de Paul, la expresión de Reggie volvió a cambiar hasta hacerse casi irreconocible. El miedo y la ansiedad se replegaron de prisa de su rostro, y se refugiaron en sus ojos. Se metieron en el azul perfecto de sus iris, y se fueron adentro, donde nadie pudiera verlos. En su lugar quedaron solo una piel marmórea, unos ojos vacíos y sin emoción, y una cara de póquer.

«Se ha puesto el gorro de jefe», pensó Dan. «De un jefe frío y eficaz, que no tiene miedo. Pero yo sé. Yo he visto. Y cuánto me alegro de haberlo visto...».

Una vez más, se sintió un privilegiado. Si Reggie no le hubiera retenido en mitad del pasillo para mostrarle su verdadera cara, Dan habría creído el engaño, igual que sus compañeros. Habría creído que Reggie era fuerte y capaz, que estaba en control, que era frío y desapegado, que estaba hecho de acero y hielo...

«Llevo años creyendo el engaño», se dijo. «Porque delante de Jordan nunca se permite ser él mismo. Y creo que empiezo a entender el motivo...».

Y Dan no se alegraba de nada de esto. No se alegraba de estar aquí encerrado, ni se sentía orgulloso de tener a William en aquella habitación, ni de tener que extorsionar a Troy para que disolviera su grupo... Pero si toda esta experiencia terrible estaba sirviendo para algo bueno, era para esto, para conocer mejor a Reggie, para formar equipo con él, y para sentar las bases de esta relación que acababa de florecer entre ellos.

En cuanto llegaron delante de Paul, este le cedió el teléfono a Reggie. El batería lo tomó, cubrió el auricular con una mano, y le preguntó al cantante:

—¿Es Jordan?

Paul asintió. Reggie se llevó el teléfono a la oreja, diciendo:

—¿Qué ha pasado, Jordan? ¿Has podido enterarte de lo de Troy?

Se movió para acercarse más a la mesita del teléfono. Dan se metió en el hueco que quedaba entre Reggie y la pared, en el lugar que antes ocupó Paul. Apoyó la espalda en la pared para poder mirar a sus compañeros. Quería una base sólida a la que poder anclarse. Quería verlo todo y a todos. Quería estar muy cerca de Reggie...

Ahora los dos eran el jefe. Y Reggie tenía que poner la voz, pero Dan tenía que poner todo lo demás. Y quería estar a la altura.

Entretanto, en el Upper East End, Liam apuraba su vaso de agua agradecidamente. Le hacía mucho bien sentir el frescor deslizarse por su garganta. No se había dado cuenta de la sed que tenía hasta que vino Keith con el agua. Se inclinó un poco hacia delante para tomar la jarra y servirse otro vaso. Luego levantó de nuevo la vista hacia su compañero.

Este permanecía de pie ante él, con su propio vaso en una mano, mirando al sofá ante sí con el ceño fruncido. Al igual que Liam, todavía parecía encontrarse bajo los efectos de la impresión tan desagradable que les había dejado la charla con Jordan, pero se le veía sereno. Su mirada era limpia y despejada, y su rostro volvía a tener esa expresión de decisión que era tan propia de él.

Liam se preguntó qué estaría pensando, pero no dijo nada. Le dio su espacio, mientras él tomaba otro largo sorbo de agua. Se sentía de pronto inmensamente cansado, y por su alma que no acertaba a imaginar el motivo...

«Como no sea de los esfuerzos que he tenido que hacer por reconducir ese diálogo de besugos...», se dijo. «Porque ha sido difícil de veras. Jordan se ha empleado a fondo».

—Hay una cosa que parece que está clara —dijo Keith al fin, mirando al sofá, como si estuviera reflexionando en voz alta—. Jordan no está dispuesto a mover ni un dedo para apoyar a los Dragon Riders.

—Eso desde luego que no —gruñó Liam.

Keith bajó la vista para mirarle. La duda y la inseguridad oscurecieron sus ojos azules.

—¿Me equivoqué con él, Liam? —le preguntó—. He estado tan seguro de que Jordan estaba obsesionado con William...

—Lo ha estado, sí —asintió Liam—. Yo he tenido la misma sensación.

—Pero ahora secuestran a William... ¿Y Jordan ni siquiera quiere ir a su casa para preguntar por él? ¿No te parece que es una contradicción?

Cierto. Y de hecho, Liam empezaba a preguntarse si todo el diálogo surrealista que le había hecho padecer Grant no habría sido más que un inmenso intento de distracción. Pero distracción... ¿De qué? ¿De esto que había dicho Keith? Pero, ¿para qué iba a querer Jordan distraerles?

—Hay cosas muy extrañas en todo esto —dijo, frunciendo el ceño, y llevándose de nuevo el vaso a los labios para tomar otro sorbo—. Cosas que se nos escapan...

Liam tomó otro largo trago de agua, con la mirada perdida en algún lugar de espacio vacío por encima de la mesita baja. Keith le observó desde arriba, preocupado. Su compañero tenía todavía los hombros encorvados y la cabeza hundida entre ellos. Parecía cansado, derrotado y triste. Y era tan raro verle así...

Liam era una de las personas más equilibradas que Keith tenía la suerte de conocer. Era capaz de estar sereno en casi cualquier circunstancia, algo que admiraba de todo corazón. Él tenía los nervios más sensibles, o vaya usted a saber, y sus emociones asumían el control del resto de él con demasiada facilidad para su gusto...

Como le había ocurrido hacía un momento, por ejemplo, hablando con Seth. O anoche mismo, en el coche, cuando Liam y él se dieron su primer beso. Keith estuvo hecho un manojo de nervios, y fue Liam, el más estable de los dos, el que le dio calma y le ayudó a volver a la tierra.

Liam parecía sentir cuando las emociones se adueñaban de Keith, y le daba su espacio, junto con ese cariño y esa ternura callados que tanto bien le hacían. Liam le ayudaba a sentirse a

salvo y en control de sí mismo otra vez. Su estabilidad era contagiosa, y si estaba con él, Keith casi lograba sentirse sereno y estable a su vez...

Pero ahora Liam parecía hundido, y eso lo había hecho una simple conversación con Jordan. Una vez más, Keith se preguntó qué habría ocurrido si hubiera sido él quien hubiera hablado con Jordan en su lugar, y la respuesta no le gustó.

«Habríamos acabado discutiendo, como casi siempre», se dijo. «Y discutiendo a gritos, además. Liam era la persona adecuada para encararse con el Beloved esta vez».

Sí, pero también había sido él quien se había llevado la peor parte, y a Keith le dolía el corazón verle así.

«Tengo que arreglar esto», pensó.

Decidido, dejó su vaso sobre la mesita y preguntó:

—¿En qué piensas, amor?

—No sé, Keith. Me siento muy raro, como... Perdido —murmuró Liam, sin apartar la vista de la mesita.

—¿Perdido? —repitió Keith sin comprender.

—Sí. Jordan siempre ha sido el líder del grupo. Siempre ha ido el primero a los sitios, y ha dirigido lo que hubiera que hacer. Lo hizo incluso en el funeral de Charlie, ¿te acuerdas?

Liam alzó la vista para mirarle, con una extraña expresión de angustia en sus ojos oscuros. Keith se sintió sobrecogido al verla.

—Sí —se limitó a responder.

—Y ahora no está —añadió Liam, haciendo un gesto con la mano en el aire—. Nos ha abandonado. Nos ha dejado solos...

—No estamos solos. Tenemos a Paul y a Reggie. Y a Walter. ¿Crees que ellos no van a querer venir con nosotros? ¡Seguro que sí!

Liam sacudió la cabeza y bajó la vista de nuevo, murmurando:

—No sé, Keith...

Capítulo 7

Keith chasqueó la lengua. Esto no podía seguir así. Tenía que hacer algo por Liam, para apartar de él la nube negra que había dejado Jordan sobre su cabeza. Tenía que traerlo de vuelta al aquí y ahora. Hoy era su primer día como pareja, y ni Jordan ni nadie iba a arrebatárles esto.

Decidido, regresó a su lugar en el sofá. Apenas se hubo sentado, tomó de nuevo una mano de Liam en la suya, y le dijo:

—Ven aquí, amor. Ven un momento.

Liam pareció confuso.

—Pero...

Keith hizo un gesto de asentimiento, para darle ánimos, e insistió:

—Ven. Necesito sentirte.

Liam inclinó la cabeza, dudoso, como si no tuviera muy claro en qué le iba a ayudar a Keith eso de sentirle, pero accedió no obstante. Dejó su vaso también sobre la mesita, y se puso en pie. Hizo la intención de sentarse en el sofá, a su lado, pero Keith le retuvo por la mano, que seguía sujetando en la suya, y murmuró:

—No, así no. Así, mira.

Usando ambas manos ahora, maniobró a un perplejo Liam para darle la vuelta y hacerle sentarse de costado sobre su regazo.

—Vamos a hundir el sofá —protestó Liam.

—Oh, no peso tanto...

—Tú no. Pero los dos...

—Shh, no quiero escucharte. Ven.

Keith le rodeó con los brazos y le atrajo hacia sí. Liam se permitió descansar sobre su cuerpo al fin, y apoyó la cabeza en el espaldar del sofá, a su lado.

—Keith... —murmuró—. Mi sol...

Alargó una mano para acariciarle la cara y el pelo. Keith rodeó sus hombros con un brazo y apretó sus piernas contra sí con la otra mano. No era capaz de apartar la vista de los ojos de Liam. Había una tristeza inmensa en ellos. Le dio miedo. Le hizo sentir pequeño e impotente.

«¿Qué te ha hecho Jordan, amor?», se preguntó, alargando la mano a su vez para apartar con cuidado un mechón de cabello oscuro de la blanca carita de Liam. «¿Y cómo puedo deshacerlo?».

—¿Alguna vez te has preguntado qué pasaría si Jordan nos abandonase? —murmuró Liam.

—No.

—Yo tampoco. Este grupo es el trabajo de su vida, o eso parece. Pero hoy, por primera vez...

—Liam, si Jordan nos abandona, nosotros cuatro seguiríamos adelante. —Keith apretó a su compañero contra sí con las dos manos para más énfasis, al añadir—: ¡Siempre juntos! ¿Entiendes?

—¿Tú crees?

—¡Sí! Al fin y al cabo, ¿quién es Jordan Grant? ¡Solo es un guitarrista! Igual que yo...

Liam esbozó una sonrisita sin alegría.

—Tú no eres solo un guitarrista, amor —objetó.

—¡Oh, sabes lo que quiero decir!

—Sí. Aún quedaríamos los cuatro. Como en el grupo de Troy.

—Pues sí. Solo cuatro. ¿Y acaso a ellos les va mal? Porque quitando esto que ha pasado con William, yo creo que les va muy bien...

Liam no contestó en seguida, sino que se limitó a quedarse mirándole. Su sonrisita se había hecho más segura y casi tierna. La tristeza había desaparecido de sus ojos, y había sido sustituida por admiración, rayando en el orgullo. Su mano volvió a acariciar la mejilla de Keith, despacio y con los dedos abiertos.

—¿Serías capaz de hacer como Troy? —murmuró—. De llevar el grupo, componer música, mantenernos unidos...

Keith asintió.

—Si hay que hacerlo... Si tú y yo estamos juntos, me siento capaz de hacer cualquier cosa.

Liam soltó una risita. Envalentonado por ella, Keith prosiguió:

—Además, si Jordan no está, se acabarán las discusiones. Se empeña en ponerme de los nervios...

—Sí. —La sonrisa de Liam se apagó un poco—. Pero Paul es su primer fan. No sé... A lo mejor le da por irse con él.

—Buscaríamos otro cantante, amor —contestó Keith, besándole la punta de la nariz.

—Y Reggie... Es tan reservado... Viendo cómo defendió a Jordan el otro día, a lo mejor también decide irse con él, aunque no sé...

—Shh, no pienses en eso ahora.

Keith apretó a su amor con ternura contra su pecho con una mano. Le acarició luego el largo cabello oscuro, añadiendo:

—Jordan no va a renunciar a su puesto de estrella, así que no tenemos que preocuparnos. Nada va a cambiar. Ya lo verás.

—Mi precioso sol... —dijo Liam—. Eres adorable cuando intentas animarme, ¿lo sabías?

La sonrisita tierna estaba de regreso en sus labios, y sus ojos miraban a Keith como si en el mundo entero no hubiera nada más. Keith hizo un mohín, algo avergonzado. Su compañero rió de nuevo, y se movió para incorporarse y poder mirarle desde arriba.

—Te quiero mucho, Keith —cuchicheó.

Y se inclinó sobre él para besar delicadamente sus labios...

Liam se sentía como si estuviera viviendo un sueño. La fantasía que tuvo hacía unos minutos se había cumplido. Aquí estaba, sentado en el regazo de Keith, mordiendo con cuidado su boquita sonrosada y jugosa, y acariciando su barbita rubia con las puntas de los dedos.

El brazo de Keith que rodeaba sus hombros se había deslizado por su espalda hasta su cintura cuando Liam se movió, y la rodeaba con decisión. Su otra mano apretaba su pierna y su cadera contra sí con los dedos abiertos. Liam adoraba sentirle. Este detalle, en apariencia tan pequeño, decía mucho de lo posesivo y lo fogoso que era su Keith...

Si Liam pudiera, se quedaría aquí, besándole, toda la vida. Se sentía intoxicado por el aroma de su compañero, por el tacto de sus deliciosos labios, suaves y húmedos, en los suyos, y por los ruiditos de placer que le sentía y le oía hacer en su boca...

Keith estaba dispuesto a ocupar el lugar de Jordan como líder del grupo si fuera necesario. Saber esto había llenado el corazón de Liam de orgullo y agradecimiento. Durante un breve instante, se había sentido perdido. ¿Qué sería de los Red Devils sin Jordan? ¿Estarían asistiendo al principio del fin de su carrera? Pero ahora sabía que no tenía motivos para inquietarse.

«Tenemos a Keith», se dijo.

Keith... Este delicioso sol que estaba devolviéndole las fuerzas y la vida con sus besos... Y

con sus manos, que habían empezado a navegar por su cuerpo por encima de la ropa, y le acariciaban las piernas, los costados, la espalda...

Liam se movió para apoyar ahora las dos manos sobre el sofá, a ambos lados de la cabeza de Keith. Incluyó la suya a un lado para hacer el beso más profundo...

Si Jordan se marchaba del grupo, él sería el primero en seguir a Keith. Hablaría con Paul y Reggie. Estaba seguro de que, una vez que ellos hubieran asumido la partida del Beloved, también estarían encantados de tener a Keith como líder... Más aún cuando vieran todo lo que había mejorado con la guitarra en las últimas semanas... Keith se empleaba a fondo en todo lo que hacía, en la música, en el gimnasio, en los besos...

Liam dejó que sus manos navegasen por los hombros y el pecho de Keith por encima de la camiseta. Por cierto que sí, que se notaba que su compañero se empleaba a fondo en el gimnasio... Y Liam estaba tan orgulloso de él...

Keith rodeó su cuerpo con un brazo y empezó a morderle lánguidamente la boca, haciendo nuevos ruiditos de placer. Liam apretó su cabeza contra sí con una mano y se olvidó de todo lo demás, de Jordan, de dónde se encontraban, de pensar y del mundo entero. ¿Quién necesitaba al mundo, si tenía a Keith?

Mientras Liam se recuperaba, entre los brazos de Keith, del mal rato que le había hecho pasar Jordan, Reggie se encontraba de pie, junto a la mesita del teléfono, hablando con Grant, precisamente.

—¿Has podido enterarte de lo de Troy? —le preguntó.

—Sí —contestó Jordan—. Y no ha hecho nada de lo que le pedimos, Reggie.

Al batería le llamó la atención el hecho de que, a pesar de la noticia, que para él no era buena en absoluto, el estado de ánimo de Jordan sí lo fuera. Parecía tan optimista como cuando Reggie colgó con él, hacía pocos minutos. Su voz sonaba decidida y segura, y su tono resultaba casi alegre.

«Menos mal», pensó Reggie. «Es mejor así. El otro Jordan, el de antes, con la voz aguda y quejosa, me daba mala espina».

—He estado mirando la prensa... ¡Todos los periódicos! —continuaba diciendo el otro joven—. Y no ha disuelto el grupo, estoy seguro de ello.

Reggie sintió que su estómago se hacía un ocho sin poder evitarlo.

«Lo sospechaba», se dijo. «En verdad, lo supe desde anoche. Ahora toca pasar el mal rato, Dios...».

Tenía mal cuerpo solo con pensarlo. No obstante, se esforzó por mantener su fachada fría y desapegada. No quería que Jordan notase la ansiedad en su voz. No iba a ayudarlo en nada, y sí podría empeorar las cosas...

—¿Entonces...? —preguntó—. ¿Qué hacemos?

—¡Tenemos que llamarle de nuevo! —exclamó Jordan con fuerza—. ¡Presionar más, Reggie!

Reggie cerró los ojos por un instante para hacer acopio de valor y entereza. No sabía cómo iba a hacer esto. Contaba con la ayuda de Dan, por supuesto, pero se sentía de pronto tan cansado...

«Yo no quiero estar aquí», se lamentó para sus adentros. «Yo quiero estar en mi casa, ensayando... O mejor aún, en Jamaica. Con Danny...».

Dan apoyó la espalda en la pared, manteniéndose muy cerca del cuerpo de Reggie. En esta ocasión, no podía oír lo que decía Jordan, porque Reggie tenía el auricular en la oreja opuesta a donde él se encontraba. Pero aunque hubiera podido escucharle, tampoco habría prestado atención. Había otra cosa que le pareció mucho más importante en este momento, más cercana a ellos, y también más apremiante, aunque solo se dio cuenta de ello cuando estuvo allí, pegado a la pared, contemplando todo el salón ante sí, y por ende también a sus dos compañeros...

Algo parecía ocurrirle a Little B. Estaba de pie, junto a la pared de enfrente. Todo él estaba tenso, y tenía las manos a la espalda, agarrando la cortina marrón que cubría la ventana para mantenerla sujeta, y que no se descorriera por accidente. Su rostro estaba descompuesto de miedo.

Dan se sintió partido en dos, dividido entre la necesidad de salir corriendo a reconfortar a su amigo y preguntarle qué había pasado, y la necesidad de permanecer junto a Reggie para apoyarlo, tal como le había prometido. En verdad, no sería capaz de decir quién de los dos necesitaba más un abrazo, si Little B o Reggie. El primero tenía todo el aspecto de alguien que hubiera visto una aparición. En cuanto al segundo, estaba blanco como una pared, y aunque su voz sonaba firme y serena, parecía estar otra vez a punto de caerse redondo...

Dan miró a su colega por unos instantes con expresión interrogativa, pero Little B no respondió; no hizo ni un gesto, no habló, no vocalizó nada...

Inquieto, Dan le echó una ojeada a Paul, por ver si este le iluminaba de algún modo. Pero el cantante no le miraba a él, sino a Reggie. Parecía estar absorto en la conversación, aunque Dan se dio cuenta de que él también estaba más pálido de lo habitual.

«Ha pasado algo, lo sé», se dijo. «Pero no se me ocurre qué puede haber sido. Estamos aquí encerrados, y que yo sepa, no ha venido nadie... Si hubieran llamado al timbre, Reggie y yo lo

habríamos oído. Entonces, ¿por qué tiene Little B la cortina cerrada? Parece como si no quisiera que nos vieran desde fuera... O que nosotros no veamos algo que ha pasado fuera, no sé bien».

Dan volvió ahora la vista hacia Reggie. Su compañero había cerrado los ojos, y se llevaba una mano a la frente, con la cara fruncida en un gesto más propio de alguien que estuviera comiéndose un limón, con cáscara y todo, que de alguien que solo estaba hablando por teléfono con un amigo.

«Esto debe estar siendo para él poco más o menos igual de desagradable que comer limones», pensó.

No se le ocurría qué podía hacer para ayudarle, salvo arrancarle el teléfono de la mano y colgarle a Jordan sin más, de modo que dejó que su cuerpo actuara por instinto. Con mucho cuidado, rodeó la cintura de Reggie con un brazo y le apretó contra sí. Le hizo un mimito, frotando su nariz contra su mejilla, para demostrarle que estaba con él, que continuaba a su lado.

Reggie abrió los ojos al sentirle y se volvió un poco en su dirección. Le acarició la mejilla con una mano, regalándole una débil sonrisita, y articuló sin voz un «te quiero». Dan le besó la mejilla por toda respuesta, enternecido. La sonrisa de Reggie no había llegado a sus ojos, que se veían asustados y tristes, pero sin embargo aquí estaba, acariciándole y diciéndole que le quería... Dan se sentía triste por tener que verle así, y a la vez tan orgulloso y tan enamorado...

Reggie volvió la vista hacia la mesita del teléfono, concentrado ahora en lo que fuera que le estuviera diciendo Jordan. Dan aprovechó para echarle otra ojeada a Little B. Le alivió en parte verlo algo mejor. Ya no tenía esa cara de espanto, ni estaba tan tenso, pero seguía pareciendo asustado.

Dan alzó una mano y le hizo una seña para que se acercase. Little B asintió. Se apartó de la cortina y dio un paso hacia ellos. Pero de repente pareció pensarlo mejor, porque se detuvo. Le hizo una seña a Dan a su vez, para indicarle que aguardase, y se marchó despacio a la cocina, sujetándose el estómago con una mano, y agarrándose a las sillas con la otra...

—Por la cantidad de horas que han pasado, Troy tiene que estar de los nervios —estaba diciendo Jordan en el oído de Reggie—. ¡Estoy seguro de que está a punto de ceder! Un poco más de presión y lo hará, Reggie. ¡Ya lo verás!

Reggie no lo tenía tan claro, pero optó por no decir nada. No tenía ganas de discutir. Sentía el corazón latiendo con fuerza detrás de su esternón, y le costaba un poco respirar por la ansiedad. Demonios, si a duras penas podía pensar... ¿Cómo iba a llevarle la contraria a Jordan?

«No, no», se dijo. «Ahora se trata de mantener la fachada como sea, terminar de hablar con él, y pasar el otro mal rato cuanto antes. Nada de discutir. Tendría las de perder...».

De modo que se limitó a responder:

—Bien. ¿Qué hay que decirle?

—Te lo voy a dictar. ¿Tienes lápiz y papel?

—Sí. Un momento.

Dan siguió con la vista a Little B mientras este caminaba los escasos pasos que le separaban de la puerta de la cocina. Lo vio desaparecer tras ella, al mismo tiempo que Reggie decía:

—Paul, ¿puedes acercarme el folio y el lápiz? Allí, sobre la mesa... Gracias. Danny, hazme hueco aquí, por favor. Yo solo no puedo.

Dan dio un respingo al oír su nombre, y se apresuró por apartar a un lado la lamparita. Cambió luego la posición del teléfono para hacer sitio al folio doblado que Reggie tenía en la mano, y que pudiera escribir.

«Yo solo no puedo».

Había sido casi la misma frase que acababa de decirle en el pasillo, pero en un contexto distinto. Sin embargo, se la podía entender de las dos maneras, tanto en el sentido literal como en el metafórico...

Yo solo no puedo.

«Ya debe costarle reconocer esto», pensó Dan. «Reggie es una persona desapegada y solitaria. Parece estar siempre en control, aunque por dentro sienta otra cosa. Ha sufrido muchos engaños amorosos, y que yo sepa, todos los ha superado a solas, sin apoyarse en sus compañeros. No sé mucho de él, de su pasado antes de entrar en los Red Devils, pero por lo poco que sé, parece que está acostumbrado a resolver los problemas solo. Si no fuera así, no sería tan organizado ni tan eficiente... ¿Cómo debe estar de sobrepasado, para reconocer que esta vez no puede hacer esto solo?».

Se quedó mirando cómo Reggie tomaba nota del mensaje, en su letrita pequeña y apretada. Le salió bastante ilegible, y Dan no logró entender lo que ponía. Miró ahora la cara del otro joven. La veía de perfil, seria, pálida... Tan pálida... Hasta sus labios habían perdido el color.

Dan alargó una mano y acarició con las puntas de los dedos el cabello rubio de su compañero, peinándolo hacia atrás con cuidado. Metió una de las ondas detrás de su oreja, tan blanca que parecía delicada y frágil, como las alas de una mariposa. Le acarició luego el lóbulo con un dedo, apenas rozarlo. Le sorprendió ver que estaba perforado.

«Curioso, no me había dado cuenta antes», pensó, dejando caer la mano. «¿Reggie usa pendientes? Nunca le he visto ninguno...».

Escuchó unos pasitos que se acercaban, y levantó la cabeza. Para su gran alivio, vio que Little B venía de regreso. Traía dos vasos de agua en las manos...

Capítulo 8

Al mismo tiempo que Little B se acercaba al grupo, y Reggie hablaba con Jordan, Troy llegaba por fin junto a la cabina, y lograba comprobar con alivio que había un teléfono en ella. Aunque el aspecto que presentaba el lugar visto desde cerca, era pintoresco, por decir algo...

En efecto, la cabina estaba por dentro tan cubierta de grafitis como lo estaba por fuera. El teléfono en sí estaba negro de mugre, como si alguien lo hubiera embadurnado de barro, o de alguna otra sustancia gris de aspecto asqueroso. En la chapa negra que había bajo el aparato, se podía ver un conjunto de firmas muy artísticas, trazadas con pintura blanca.

Pero eso no era todo. Encima de la mugre gris que cubría las teclas de los números, alguien había dibujado un personaje de anime con espray de varios colores. Y no contento con eso, le había colocado al lado un bocadillo de esos de cómic, donde figuraban escritas las palabras: «Que te jodan». Troy se preguntó quién habría sido el artista, y de dónde le habría venido la inspiración...

La voz de Frank le arrancó de sus pensamientos, queda pero decidida.

—Cuidado, Troy. Apártate un poco.

Antes de que Troy pudiera reaccionar, ya había vuelto a agarrarlo por un brazo, y tiraba de él hacia atrás. Troy se dio cuenta de lo que ocurría cuando vio a su guardaespaldas colocarse delante de él, y empujar la basura que había en el suelo con un pie, barriéndola hacia un lado. De entre el revoltijo de papeles y latas, vio salir rodando un par de jeringuillas, con la aguja puesta. El joven guitarrista reprimió un escalofrío.

No pudo evitar quedarse mirando aquellas agujas, que relucían de forma ominosa con frío brillo metálico bajo la luz del sol. A pesar de lo pequeñas que eran, le parecieron amenazadoras, instrumentos de muerte, más que de vida, escondidas en este medio hostil, como serpientes agazapadas en la maleza, esperando a que pasara un incauto, para morder y matar. Cualquier mal encuentro con una de esas agujas podría llegar a ser tan letal como una escopeta.

Frank le propinó otra patada a la basura aquella, y las jeringuillas rodaron lejos. Cayeron por el bordillo, y Troy las perdió de vista.

«Me pregunto si esas agujas habrían podido atravesar las suelas de mis botas», pensó. «No quiero ni imaginar lo que habrían podido contagiarme...».

Arrugó la nariz y paseó la vista alrededor. El montón de basura que había bajo la cabina no era una cosa aislada, ni mucho menos. Había montones similares por todas partes: en cada rincón, mezclada con las pilas de escombros de los solares, junto a los portales de los edificios... Incluso al lado de unos columpios de hierro que había tras ellos, en una especie de pequeño parque de juegos, situado entre dos bloques.

«¡Niños!», se horrorizó Troy. «Tiene que ser una pesadilla criar niños aquí. ¡Con basura en los columpios, Dios! A saber lo que pueden encontrar ahí unas criaturas inocentes que bajen a jugar...».

Desvió la vista y tragó saliva, sobrecogido. Ningún niño debería verse obligado a crecer en un lugar así.

Mientras su mente albergaba estos pensamientos, Frank estaba terminando de limpiar la zona cercana al teléfono. No por primera vez, Troy se encontró agradeciendo el carácter previsor del otro hombre, y el hecho de que no hubiera bajado la guardia. Él había estado tan abstraído por lo que habían venido a hacer, que ni siquiera se le había ocurrido apartar la basura, antes de acercarse al teléfono.

Troy no era tonto. Había momentos en los que le exasperaba que Frank le detuviera cada dos pasos y le cuestionara lo que iba a hacer. Pero también había otros, como ahora, en los que agradecía su presencia.

Frank parecía pensar en todo, e ir varios metros por delante en todo, y eso hacía que Troy se sintiera a salvo con él a su lado. Tenía que reconocer que en el fondo era agradable, esta sensación de ser protegido. La ayuda de Frank estaba resultando ser inestimable, y no solo en el más puro sentido físico, sino también emocional, por el celo con el que cuidaba de él y la tranquilidad que le transmitía.

Además... ¡Había reconocido la matrícula del coche! ¿Podría haber algo mejor que eso?

«Sí», se contestó Troy. «Encontrar a William. Pero no puedo pedir eso de Frank, ni de ninguno de nosotros. Es algo que nos queda grande. Creo que solo la policía podrá hacerlo. Aunque supongo que una ayudita de nuestra parte no les vendrá mal...».

Si William hubiera estado en el Averno, las cosas habrían sido más fáciles, dentro de la dificultad propia de tener que eludir una alarma, un perro con mala idea, y un vigilante experimentado. De hecho, anoche Troy pensó que podrían rescatar a William ellos tres solos, y por eso fueron allí...

Ahora, después de haber visto el coche del secuestro en esta misma calle, cada vez estaba más convencido de que William estaba aquí, en el Bronx. Y eso les ponía la tarea de rescatarlo casi imposible. Este lugar era inmenso, y parecía un laberinto. ¿Cómo iban a encontrarlo aquí? Con decenas de edificios abandonados, descampados llenos de escombros... ¡Había cientos de lugares donde esconderse!

«Y sin embargo, yo creo que no está lejos», pensó. «No puede estar muy lejos del coche. No tendría sentido».

Sus reflexiones se interrumpieron de nuevo cuando vio que Frank se volvía hacia él. El otro hombre le hizo un gesto de asentimiento y se retiró de la cabina, diciendo:

—Despejado, Troy. Creo que ya no hay peligro.

—Gracias —contestó Troy, asintiendo a su vez.

Dio un paso al frente, dispuesto a sacar su montoncito de monedas del bolsillo. Pero una mano volvió a agarrarle el brazo desde atrás, y le dio un tironcito, como para llamar su atención.

Troy se volvió, extrañado, para ver qué pasaba ahora. Para su sorpresa, vio que el que le había agarrado no había sido Frank, sino Austin. Su amigo le tendió un paquete de pañuelos de papel con la otra mano.

—Ten, jefe —le dijo—. Agarra el teléfono con uno de estos, y límpialo con otro. No vaya a ser que cojas lo que no tienes.

—Sí, Troy —volvió a asentir Frank—. Es más seguro.

Luego arrugó la nariz a su vez y miró alrededor, tan tenso y alerta como estuvo cuando llegaron junto al coche.

Troy aceptó el paquete de pañuelos sin rechistar. Mientras limpiaba el auricular con uno de ellos, pudo escuchar el pitido de la línea, y dio gracias con la mente por ello. Parecía que podrían hablar con Seth, después de todo. Pero había algo que le había hecho gracia...

¿Era cosa suya, o Frank y Austin parecían haberse puesto de acuerdo para protegerle?

«En el caso de Frank, tiene que hacerlo, porque es su trabajo», pensó. «Cobra por esto. Es como se gana la vida. Pero Austin lo hace porque es mi amigo. Y me parece algo tan propio de él... Es un gran tipo».

La idea de que su mejor amigo colaborase con su guardaespaldas para protegerle le parecía tierna, por decir algo. Sus pensamientos volaron a Seth, precisamente. Troy estaba seguro de que le gustaría saber este pequeño detalle, que le haría ilusión.

Seth estaba muy unido a Austin, y por más de un motivo. En las últimas semanas, esa relación se había ido haciendo más y más estrecha. Troy no sabía a ciencia cierta cuánto, porque sus dos amigos eran muy discretos. Además él había estado ocupado con su propia relación con William, y no había caído en la cuenta de preguntar. Pero antes de salir hacia aquí, les había sorprendido en la cocina, fundidos en un abrazo, demasiado tierno y demasiado largo, para ser solo de amigos y compañeros...

No que él tuviera nada que opinar sobre ello, ¿eh? Conste. Si sus amigos acababan siendo novios, él se alegraría por ellos. Les apreciaba de veras, y quería verlos felices. Pero el detalle de los pañuelos le había recordado a Seth, que también era así de previsor en algunos asuntos, y se le ocurrió pensar que, si él le contara la cantidad de cosas que Austin estaba haciendo por él durante la mañana... Pequeñas grandes cosas como esta... Bueno, Seth se sentiría muy orgulloso de su Tarugo, como él le llamaba.

«Pero no puedo decírselo ahora», se advirtió, mientras marcaba el número de su casa, con una sonrisita. «Estamos en plena calle, y delante de Frank. El pobre Austin se moriría de vergüenza. Esto tengo que hablarlo a solas con Seth, en otro momento...».

Entretanto, Seth ignoraba por completo que sus amigos estuvieran acordándose de él.

Se encontraba en la cocina del apartamento, con la espalda apoyada en la encimera, y una taza de tila caliente entre sus dos manos. Hacía unos minutos que había colgado con Keith y Liam. El teléfono no había vuelto a sonar, de modo que se había apresurado por venir a prepararse su tan ansiada infusión, antes de que hubiera nuevas interrupciones. Sentía que la necesitaba de veras.

Tomó un pequeño sorbo, y lo saboreó con delicia, con los ojos cerrados. El vapor que emanaba la infusión le acarició la nariz. La taza le calentaba las manos, ayudándole a volver al aquí y ahora. Era reconfortante tenerla así, entre las manos y junto a su rostro, aspirar el aroma de su contenido, escuchar el silencio que reinaba en la vivienda, impregnarse de todo ello y... Respirar a sus anchas otra vez, porque lo peor parecía haber pasado.

Levantó la cabeza para echarle una ojeada al reloj que había en la pared de azulejo. Ya eran las doce. Troy y sus dos compañeros debían estar al llegar. De hecho, le extrañaba que no estuvieran ya aquí. En cuanto aparecieran, podría relajarse del todo y dejar atrás esta mañana infernal.

«Pronto», se dijo. «Muy pronto».

Volvió a cerrar los ojos y suspiró, con una sonrisita. El silencio era como un bálsamo para sus pobres nervios. Tomó otro sorbo pequeño de su tila, aún con los ojos cerrados...

Y en ese momento, le sobresaltó el sonido del teléfono en el salón.

«¡Ah, Troy, si Will te viera...!», pensó el guitarrista, mientras el teléfono daba la primera llamada. «Haciendo de casamentero para tus dos amigos... ¡Él sí que sería feliz! Se reiría mucho y bien. Lleva diciendo que estos dos van a acabar juntos, por lo menos desde diciembre del año pasado...».

William... Tenían muchas cosas que contarle, cuando al fin volviera a estar en casa. Y él a ellos...

El buen ánimo de Troy se disipó como el humo al acordarse de que Will continuaba desaparecido. La nostalgia de su compañero volvió a caerle encima, tan pesada como una losa de media tonelada. Le ocurría de vez en cuando. Se acordaba de él, por cualquier motivo, y de pronto recordaba también que no estaba con ellos, y le entraban la angustia, la tristeza y la rabia.

En esos momentos, le ayudaba centrarse en cosas prácticas, en algo que tuviera que hacer

que fuera útil, o que avanzara aunque fuera un pasito pequeño la tarea de encontrarlo. Echó mano de este recurso ahora, una vez más, mientras en su oreja, el auricular del teléfono daba la segunda llamada.

«Piensa en lo que tienes que decirle a Seth, Troy», se recordó. «No tenemos mucho dinero, así que no será una llamada larga. Sé breve y ve al grano».

Sintió un movimiento a su espalda. Esta vez no tuvo que volverse para saber que se trataba de Austin. Su amigo estaba tan cerca, que Troy podía notar el familiar aroma de la colonia que usaba después de afeitarse. Era un olor agradable y masculino. Le sentaba bien a Austin. Pero Troy prefería usar otra, menos penetrante.

—¿Comunica? —murmuró el batería por encima de su hombro.

Troy se volvió un poco para mirarle y negó con un gesto. Austin soltó un pequeño suspiro de alivio. Al primero se le ocurrió pensar que a lo mejor había temido que la línea estuviera ocupada por el secuestrador...

«Austin lleva toda la mañana creyendo que ese tipo va a llamar a casa, y que se va a encontrar a Seth allí solo», se dijo. «Y esto me recuerda que tengo que contarle algo a Seth sobre eso...».

Pasó el peso de su cuerpo de una pierna a la otra, impaciente. El teléfono emprendió la tercera llamada. ¿Dónde estaba Seth?

Seth estaba luchando por no asfixiarse. Con el susto y el sobresalto, la tila se le había ido por mal sitio, y había empezado a toser como un desesperado, golpeándose el esternón para ayudarla a bajar por donde debía.

Cuando al fin pudo volver a respirar, se volvió, con los ojos llorosos por el esfuerzo, y dejó la taza sobre la encimera. No había sido buena idea ponerse a tomar tila antes de que sus amigos volvieran.

«Debí haber imaginado que el teléfono sonaría otra vez, rayos», pensó, pasándose las manos por los ojos.

Pero, ¿cómo iba a imaginarlo, si ya había llamado todo el mundo? Frustrado, se dirigió al salón, donde el maldito cacharro continuaba sonando de modo inmisericorde. El pellizco de ansiedad, que llevaba toda la mañana alojado en el centro de su pecho, volvió a instalarse en él, como si la tila nunca hubiera existido. No quería contemplar la posibilidad, pero parte de su mente se preguntaba: «¿Será el secuestrador?».

—Al paso que vamos, sí, ya verás —murmuró para sí—. ¡Vaya mañanita! Si lo llego a saber...

«O nunca volverás a ver a William con vida», copió Reggie, mientras Jordan dictaba.

—¿Lo tienes? —dijo este.

—Sí.

—Bien. Eso es todo.

Reggie se quedó mirando la última frase. Una cosa fría le recorrió la espalda. La implicación estaba clara, y de repente, al verlo allí delante, escrito con su letra, se acordó de Keith y Liam, y de la charla que tuvo con ellos hacía pocos días, antes de que empezara toda esta locura. Ellos hablaron de Charlie Orson... Y Reggie no quiso creerles.

Tampoco lo quiso ahora. Era demasiado horrible, demasiado atroz.

«Jordan no se atreverá», pensó. «Es un farol. ¡Tiene que serlo!».

Por su parte, Jordan seguía hablando al otro lado de la línea:

—Insístele en que lo haga antes de las dieciocho horas, Reggie. Así podréis soltar a William en seguida, e ir a los ensayos.

Reggie se sobresaltó. Esta última frase le había sorprendido tanto que, durante un instante, casi llegó a olvidar el mensaje, Troy, y todo lo demás.

«¡Los ensayos!», exclamó para sí con ilusión. «¡Jordan se ha acordado!».

Sintió de golpe un inesperado calorcito en el pecho, el del alivio y la gratitud. Jordan no había vuelto a hablar de los ensayos desde anoche cuando llegó, y aún así solo lo hizo porque Reggie lo acorraló en la cocina. El batería había llegado a pensar que lo había olvidado, queriendo o sin querer...

Por su parte, había preferido no pensar en eso por el momento, y mantenerse ocupado con cuestiones prácticas, resolviendo lo más inmediato. La sola idea de que podría llegar a perderse los ensayos dolía demasiado.

«Quizás podamos ir, después de todo», se dijo. «Quizás solo tengo que pasar el mal rato de llamar a Troy una sola vez más, y luego todos seremos libres... ¿Te imaginas? ¿Y si tuviera razón Jordan, y Troy se rindiera en seguida?».

«No lo va a hacer», le contestó, resignada, la otra mitad de su mente.

No. Reggie podía intentar engañarse a sí mismo, pero nunca lo lograría del todo. Fue él quien habló con el dragón anoche. Fue él quien puso sobre la mesa las condiciones, y quien escuchó la tajante negativa de Troy. Por eso Jordan aún podía tener esperanzas, pero Reggie...

Reggie lo mejor que podía hacer era volver a centrarse en lo práctico y no pensar. De nuevo, pensar en los ensayos y en el concierto dolía demasiado...

Capítulo 9

Reggie había hecho una pausa en su escritura, aunque continuaba inclinado sobre la mesita, dando golpecitos con el lápiz sobre el folio, mientras escuchaba a Jordan con atención. Paul, que estaba sujetando la hoja con una mano para que no se moviera, hizo la intención de incorporarse, pero Reggie le hizo una seña para que aguardase y volvió a escribir. Trazó un dieciocho grande y claro y lo rodeó con un círculo, como si fuera algo importante.

«¿Qué querrá decir ese número?», se preguntó Dan. «El número de teléfono de Troy ya lo tiene, y de todas formas, no son solo dos dígitos. No se me ocurre...».

Sus pensamientos se interrumpieron cuando vio que Little B casi estaba a su lado. Dan se incorporó y se volvió hacia él.

Su colega se había acercado casi de puntillas, para no hacer ruido, dándoles un rodeo a las espaldas de sus dos compañeros. En cuanto llegó junto a Dan, le ofreció uno de los vasos, murmurando:

—Para Reggie. Otra vez está muy pálido.

Dan asintió, tomando el vaso con cuidado. Lo dejó sobre la mesita, en un lugar que no estorbara al batería, y miró de nuevo a su amigo.

—¿Ha pasado algo, colega? —cuchicheó.

Little B hizo un gesto con la mano, haciéndola girar en el aire, mientras tomaba un sorbo de su vaso.

—Luego os lo contaremos —se limitó a murmurar.

—Pero... ¿Estás bien?

Little B asintió y tomó otro pequeño trago, antes de darles de nuevo un rodeo a sus dos amigos, para situarse frente a Dan y junto a la mesa grande. Se apoyó en ella y bebió otro poco.

Dan se quedó observándole y siguiendo sus movimientos con la vista, preocupado. Le parecía que Little B en efecto estaba mejor, pero era tan raro verle así... ¡Y sin motivo aparente!

«Por lo que ha dicho, me ha parecido entender que sí que ha pasado algo», pensó. «Y ha debido ser de veras muy grave para asustar así a Little B, con lo risueño que es...».

En ese momento, escuchó la voz de Reggie decir:

—De acuerdo, Jordan. Llamaré a Troy ahora, y te llamaré a ti de nuevo con lo que sea, ¿vale?

Dan sintió que el alma se le iba a los pies.

«Hay que llamar a Troy entonces», dedujo. «No ha disuelto el grupo. Y Reggie lo sabía... Lo supo desde anoche, cuando habló con él la primera vez».

Se mordió los labios. El final de esta aventura se le antojaba cada vez más lejos y cada vez más difícil. ¿Podría Reggie llegar a ese final, fuera el que fuese? Con lo pálido que estaba... ¿Podría de verdad llamara ahora a Troy, o en cuanto colgara con Jordan se les vendría abajo, como un castillo de naipes?

Dan sintió la absurda necesidad de alargar las manos hacia el cuerpo de su compañero, con la intención de sujetarlo y de tratar de amortiguar el golpe, por si eso ocurría. No lo hizo solo por el tono de la voz de Reggie. Era serio, firme y decidido, casi profesional, por el desapego que transmitía. Si no estuviera viéndole la cara, Dan creería que eso de llamar a Troy era para él algo insignificante, un mero juego de niños.

«Espero que Jordan también lo crea, a ver si así aprende aunque sea a respetarle», se dijo. «Y espero que Reggie no se nos caiga de verdad, por favor... Es cierto que entre Paul y yo lo sostendríamos...». Sopesó con la vista la fuerza de Paul. Le pareció que podría sostener sin apenas esfuerzo a dos como Reggie, y eso le tranquilizó en parte. «Pero aún así, es mejor que Reggie no se nos desmaye», concluyó.

Se quedó mirando ahora a este, aguardando a que concluyera la llamada con ansiedad. No le cabía duda de que a Reggie todo esto se le estaba haciendo muy largo. Y a él también...

Seth descolgó el teléfono, echando un vistazo a la puerta de la calle por encima de su hombro. ¿Sería mucho pedir que Troy y sus amigos llegaran justo ahora, y le rescataran de quien fuera que hubiera llamado, por favor?

En cuanto escuchó la voz que le respondió por el auricular, supo que había sido una esperanza vana. Troy no iba a entrar por la puerta para rescatarle, al menos, no en este momento, porque se encontraba al otro lado de la línea.

—Seth, soy Troy —le dijo el guitarrista, como si Seth necesitara aún más confirmación—. ¿Cómo va la cosa?

—Si te refieres a mis nervios, están de punta, Troy —contestó Seth—. ¿Puedo saber dónde demonios estáis? Por favor, dime que estáis aquí mismo, en la puerta de casa...

—No. Estamos en el Bronx.

—¿*Todavía?*

Seth se desencajó por el asombro. No podía creer lo que oía. Por su parte, su amigo no

pareció intimidado por su exclamación ni por el tono agudo de su voz. Continuó hablando como si tal cosa, serio y sereno.

—Sí. Hemos tenido que dar varias vueltas. Pero tenemos buenas noticias, Seth.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! ¡No te lo vas a creer! ¡Tenemos el coche!

Seth parpadeó, confuso.

—¿Qué coche?

—¿Qué coche va a ser? ¡El que utilizaron para secuestrar a William!

Seth volvió a desencajarse, pero ahora por la sorpresa.

—¡Ah! —exclamó—. ¿En serio?

—¡Sí! ¡Está aquí, en la misma calle! ¡Frank ha reconocido la matrícula!

—¡Vaya! Eso es... ¿Genial? —dijo Seth, que no sabía muy bien cómo se suponía que debía reaccionar.

¿De qué iba a servirles el coche sin William? Por suerte, Troy pareció leerle el pensamiento, porque contestó:

—¡Y que lo digas! ¡Imagina la cantidad de información que puede averiguar la policía con él!

Seth no tenía ni idea. Y de todas formas, había algo que le intrigaba mucho más.

—Pero, pero... —tartamudeó—. ¿Qué hace allí ese coche? ¿Cómo lo habéis encontrado?

—No tenemos mucho dinero ni mucho tiempo, Seth, así que ahora no puedo contarte más detalles —respondió Troy—. Pero no te preocupes. Hablaremos con más calma en cuanto lleguemos a casa.

—Ah, bien.

—Escucha, ¿tienes allí el número de teléfono de Hudson?

—¿Del abogado? Sí, está aquí, en la agenda.

Seth le dirigió una mirada a la agenda cerrada, que reposaba sobre la mesita. Pero la agenda no hizo ninguna intención de abrirse por sí misma y de confirmarle que en efecto, tenía el número del abogado. Se limitó a permanecer allí, inerte, devolviéndole la mirada sin más. Seth se hizo un gesto de hastío a sí mismo, alzando los ojos al techo.

«Creo que está empezando a afectarme la falta de sueño», se dijo, pasándose una mano por la frente.

Por su parte, Troy exclamaba:

—¡Estupendo! ¿Puedes llamarle, por favor, y decirle lo del coche? Nosotros nos iremos directamente a la comisaría para decírselo a Fidgerald.

—De acuerdo.

—Dile a Hudson que le esperaremos en la puerta. No entraremos sin él.

—Bien —dijo Seth, abriendo el cajón y sacando un lápiz.

Rebuscó entre los papeles sueltos que había por allí, y acabó por coger uno al azar, que parecía ser publicidad de algo. Le dio la vuelta y anotó deprisa el recado, mientras Troy preguntaba:

—¿Qué puedes contarnos tú? ¿Ha pasado algo?

—¿Algo? —exclamó Seth—. ¡Ha llamado medio mundo, Troy! ¡El teléfono no ha parado de sonar en toda la mañana! ¡Lo tengo adherido a la oreja!

—¡Joder! ¿Tan mal?

—¡Peor! Ha llamado Max, Ray, una periodista... ¡Incluso Keith y Liam!

Troy pareció asombrado.

—¿En serio?

—¡Ya te digo! ¡Si lo hubiera sabido, me habría ido con vosotros!

—No, Seth, ha sido mejor así. Por cierto, ¿qué ha dicho Ray? ¿Sigue adelante con los preparativos del concierto?

—Sí. Todo va según lo previsto.

Seth no quiso dar más detalles. Parecía que tenían poco tiempo, así que no le pareció el momento adecuado para extenderse y contarle a Troy lo de Matt, ni para hablarle de los especialistas en pirotecnia y efectos especiales, ni de los maquilladores. Además, a Troy podría darle un patatús si se enteraba. Era mejor dejarlo feliz en la nube de la ignorancia...

—¿Y Max? —preguntó su amigo—. ¿Tiene novedades?

—No. Llamaba para... —Seth titubeó. Improvisó deprisa y concluyó—: Enterarse de las nuestras.

De nuevo, no le pareció adecuado decirle a Troy que Max había llamado en realidad para

encargarles a él y a Austin que se pusieran de acuerdo con Frank, para mantener al dragón encerrado en casa...

«Si Max supiera...», pensó Seth. Se llevó otra vez la mano a la frente. «No quiero tener que estar delante cuando se entere de lo del coche...».

—Mejor así —dijo Troy—. ¿Y has dicho Keith y Liam?

—Sí.

—¿Qué querían?

—Pues... Creo que darnos ánimos para el concierto.

—¿Ah?

—Pero su idea se fue por la ventana cuando les hablé de William.

—¿Sí? ¿Se lo has dicho?

—Claro. Salió en la tele, Troy. Y lo sabe Jordan, tú mismo lo hablaste con él ayer por la tarde...

—Es verdad.

—Lo que no me explico es por qué ellos no lo sabían.

—Bueno, a lo mejor no vieron la tele ni han hablado con Jordan. ¿Qué te han dicho?

—Pues se han impresionado mucho. Keith se quedó sin palabras. Liam fue el que acabó la conversación. Dice que quizás llamen de nuevo más tarde, a ver si sabemos algo.

—Bien.

—Keith dijo que contáramos con ellos, que están ahí para ayudarnos. Habló de venir después... En verdad, ni ellos mismos saben lo que harán.

—Comprendo. ¡Joder, Seth! No tenía ni idea... Un momento.

Troy se interrumpió. Seth pasó el peso de su cuerpo de un pie al otro. Se le ocurrió pensar que si el secuestrador llamaba justo ahora, se iba a encontrar la línea ocupada. Estaba tan nervioso, que por primera vez, deseó que esto fuera así. No se sentía capaz de vérselas con ningún malvado...

Cuando Reggie colgó al fin, no parecía estar tan afectado como la otra vez. No dio muestras de

cansancio ni de estar mareado. Seguía muy pálido, eso sí. Paul se preguntó por qué sería...

«¿Tan difícil le resulta tener que hablar con Troy?», se dijo. «¿O es por Jordan y por lo tensas que están las cosas entre ellos?».

No creía que fuera lo segundo. La relación entre Jordan y Reggie había mejorado bastante hoy, con respecto a como estuvo anoche. El tono cordial, casi como antes, de esta conversación que acababa de terminar era la prueba de ello. Así que, si la causa no era Jordan, tenía que ser Troy.

Apenas hubo colgado Reggie, Dan le ofreció un vaso de agua, diciendo:

—Toma, cariño. ¿Quieres un poco?

—Sí, gracias —murmuró Reggie.

Tomó el vaso y bebió un largo trago. Suspiró después, aliviado, como el hombre que acabara de encontrar agua por primera vez, después de atravesar un desierto.

«Cuando Jordan llamó antes, le pasó lo mismo», pensó Paul. «Qué curioso. ¿Por qué será?».

—¿Qué ha ocurrido, Reggie? —preguntó Little B, muy serio—. ¿Hay novedades?

—Sí. Por lo visto, Troy no ha hecho nada para disolver el grupo. Jordan me ha pedido que le llame otra vez para presionarle.

Paul hizo una mueca de contrariedad. Lo intuyó cuando Reggie le pidió el folio, pero una cosa era sospecharlo, y otra saberlo a ciencia cierta... ¡Qué rabia! Durante pocos minutos, había albergado la esperanza de que Troy se hubiera rendido, y que pudieran irse todos a casa ahora mismo.

Él era el primer sorprendido por este pensamiento. Hacía tan solo unas horas, esta aventura le había resultado emocionante y hasta divertida... Ahora en cambio empezaba a parecerle siniestra.

«Es por los tipos esos que ha visto Little B», se dijo. «Nos han puesto los pelos de punta a los dos. Ha sido todo muy raro...».

Se preguntó si sería buen momento para hablar sobre ello. Antes, mientras Reggie escribía, había visto con el rabillo del ojo a Little B acercarse a Dan y decirle unas palabras en voz baja. Paul no pudo escucharle. Pero tampoco creía que le hubiera contado lo ocurrido, porque no habló mucho.

«Eso significa que ni Dan ni Reggie lo saben», dedujo. «¡Y ha sido algo importante! ¡Tienen que saberlo!».

Le dirigió una mirada a Dan, sin saber lo que hacer, pero este estaba pendiente solo de Reggie. Le acariciaba el pelo, observándole con aire preocupado. No pareció fijarse en Paul.

Por su parte, Reggie continuaba con el vaso en la mano, y miraba el folio sobre la mesita con aire ausente. Como si hablara para sí, o estuviera pensando en voz alta, murmuró:

—Aunque este mensaje... No sé yo.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Paul.

—Que es demasiado amenazante. Yo no... No puedo decir eso... —Reggie hizo un gesto con la mano hacia el folio, sin mirarle, añadiendo—: ¡No puedo mentir! ¡No puedo amenazar a alguien con algo que sé que no vamos a cumplir!

—¿A qué te refieres? —dijo Little B con aprensión.

Reggie levantó la mirada hacia él. Se llevó el vaso a los labios y bebió un pequeño sorbo, antes de responder:

—Jordan quiere que le diga a Troy que vamos a matar a William.

Entretanto, Seth continuaba con el teléfono pegado a la oreja. Escuchó a Troy cambiar unas palabras con alguien al otro lado de la línea, pero no logró entender lo que decían. Al fin, le oyó exclamar:

—¿Qué?

—Pregúntale si ha llamado al secuestrador —contestó una voz conocida, justo al lado del auricular.

Seth sintió que su corazón daba un saltito de emoción dentro de su pecho al identificar la voz. Era Austin, y sonaba serio y preocupado. ¡Preocupado por él! Una sonrisita tierna trepó por la cara del bajista sin poder evitarlo. No podría describir lo que sintió cuando esa voz entró por su oído, y llegó hasta su corazón. Escuchar a Troy había sido una alegría y un alivio, siempre lo era. Troy iluminaba el pequeño mundo de todos ellos con sus sueños, sus planes, su carácter y su decisión. Pero para Seth escuchar a Austin había sido algo mucho más especial. De hecho, su voz continuaba alojada en su corazón, y este seguía redoblando detrás de sus costillas, radiante de ilusión.

«Austin tiene la voz más bonita del mundo, tan seria y queda...», se dijo Seth. «Y tú estás enamorado de él, Seth, no lo niegues».

La sonrisita tierna permaneció en sus labios hasta que escuchó de nuevo la voz de Troy en su oído, alta y clara, decir:

—¡Ah, verdad! Seth, ¿ha llamado el secuestrador?

Su corazón dejó de saltar de repente y se fue a su estómago, a meterse allí, hecho una bola. El nudo de ansiedad que sintió antes, cuando sonó el teléfono, y que en verdad llevaba sintiendo toda la mañana con cada nuevo timbrado del maldito cacharro, volvió a instalarse allí con él, en su barriga, como si nunca se hubiera ido. Por su parte, su sonrisa se esfumó. ¿Quién tendría ganas de sonreír estando en su situación, a ver? Él no, desde luego.

—De momento no —fue todo lo que pudo contestar.

—Bueno, pues si lo hiciera...

Se había hecho un silencio de fin del mundo en el salón del pequeño apartamento del Bronx. Little B abrió grandes ojos de sorpresa al oír la última frase de Reggie, y miró a Paul y a Dan, asustado. Este frunció los labios en una mueca de contrariedad. Por su parte, Paul apretó las mandíbulas.

Reggie ya le había comentado algo de esto antes, mientras William se duchaba. Le estuvo hablando de Keith, de Liam, y de las sospechas que tenían ellos acerca de lo que pasó con Charlie... Paul no creía que fueran ciertas. No veía a Jordan capaz de matar a nadie a sangre fría.

Pero no obstante, aunque esto cambiara y aunque Grant se planteara en serio acabar con la vida de William, Paul seguía pensando lo mismo que le dijo a Reggie: no iba a permitir que nadie le hiciera daño al prisionero.

«Una cosa es intentar salvar a los Red Devils, y otra muy distinta es un asesinato», se dijo. «Y el pobre William no le ha hecho daño a nadie... Está solo, sin sus amigos, ¿quién le va a proteger? Si su único delito es querer cantar, igual que yo...».

Reggie miró todos los rostros de modo penetrante y preguntó, en voz baja:

—¿Lo vamos a hacer? ¿Mataríamos a William, si llega el caso?

Paul se irguió. Le sostuvo la mirada a Reggie con decisión, y contestó, muy serio y seguro:

—No. Nunca.

—¡Reggie, por el amor de Dios! —exclamó Little B, haciendo una mueca—. ¡No soy capaz de matar a una mosca! —Se señaló a sí mismo, con su vaso y la mano libre, y añadió—: ¿No me ves, hombre? ¿Qué demonios estás diciendo? ¿Matar a William? ¿En qué vida? Porque en esta no, desde luego...

Reggie miró a Dan. Este alzó la barbilla, también muy serio, y murmuró con fría determinación:

—Antes que eso, encerraría a Jordan y lo dejaría aquí solo.

Reggie asintió.

—Suponía que los cuatro estaríamos de acuerdo. —Volvió a mirarlos a todos—. ¿Entendéis ahora? ¿Cómo le transmito a Troy un mensaje como ese?

Dan se mordió los labios, mirando a los ojos de Reggie, abstraído, como si estuviera pensando a toda prisa en una posible solución.

—¿Tenemos otra manera de presionarle? —preguntó al fin, con voz queda.

Ahora Reggie negó.

—A mí no se me ocurre ninguna.

—Entonces te veo haciendo un poco de teatro, jefe —dijo Little B—. Cualquier cosa, con tal de que todos podamos salir de aquí lo más pronto posible.

Reggie chasqueó la lengua y asintió otra vez, contrariado. Alargó la mano hacia el teléfono, mirando al folio doblado ante sí. Pero de pronto, Dan le agarró por un brazo y dijo:

—Reggie, antes de llamar, espera un momento. Ha pasado algo mientras estábamos con William. Y creo que tenemos que saberlo cuanto antes.

Capítulo 10

Reggie levantó la cabeza, tan bruscamente que los rizos de su flequillo brincaron un poco. Sus ojos azules se clavaron en los de Dan, serios y alertas.

—¿Qué? —preguntó.

—No lo sé —respondió Dan—. Que nos lo cuenten ellos.

Vio que su colega Little B hacía una mueca, como si no quisiera hablar del tema, aunque Dan no logró comprender por qué. Reggie se volvió y miró de nuevo a sus dos amigos, apremiando:

—¿Qué, chicos? ¿Qué ha pasado?

Paul abrió la boca para hablar, pero Little B fue más rápido. Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia y dijo:

—¡Nada, jefe! ¡Ya estamos fuera de peligro!

Quería parecer tan jovial como siempre, pero a Dan su voz le pareció un poco forzada. Entornó los ojos, mirando a su colega con suspicacia, mientras este volvía a llevarse el vaso a los labios.

—¿Peligro? —repitió Reggie. Se puso tenso, con la cabeza muy erguida, y escudriñó de nuevo los rostros de sus dos amigos—. ¿Hemos estado en peligro?

Paul hizo un pequeño encogimiento de hombros.

—No estamos seguros —contestó.

—Luego os lo contaremos —añadió Little B.

Giró una mano en el aire para más énfasis, pero Dan se negó a dejarse despistar.

—Little B, estabas muy raro cuando hemos llegado. Y el grito que diste cuando sonó el teléfono...

Little B se llevó ahora la mano al pecho, haciendo una mueca dramática.

—¡Oh, estaba sensible! —se defendió—. No volverá a ocurrir. ¿Contento?

Dan frunció el ceño y contestó:

—No.

Little B hizo un gesto de hastío con los ojos. Por su parte, Reggie le clavó de nuevo una mirada penetrante de las suyas, y le advirtió:

—Little B, si hemos estado en peligro...

—¡Jefe, vamos! —interrumpió Little B—. ¡Ya has oído al grandullón! ¡Ni siquiera estamos seguros de si realmente había peligro o no! —Hizo una seña con la mano hacia el teléfono—. Llama a Troy, anda. Eso es lo más importante.

—¿Seguro, Little B? —insistió Dan, desconfiado.

Su colega asintió varias veces.

—Sí, sí. De verdad, hermano.

Reggie pareció dudar. Le dirigió a Paul una mirada interrogativa, y el cantante se limitó a asentir. Reggie volvió la cabeza para mirar ahora a Dan.

—¿Qué hago? —le preguntó—. ¿Llamo a Troy, entonces?

Dan le echó otra ojeada a Little B. Este asintió de nuevo varias veces, muy seguro. Dan comprendió que en este momento no iban a sacarle nada más, de modo que tomó aire profundamente y lo soltó poco a poco. Asintió a su vez.

—Llámallo, sí —repuso. Apretó el brazo de Reggie con ternura—. A ver si puedes pasar ese mal rato cuanto antes.

Reggie también suspiró.

—Está bien —dijo. Su voz tembló un poco, y carraspeó. Se giró hacia la mesita del teléfono—. Vamos allá —murmuró, ya con voz más segura—. ¿Dónde tengo...? Ah, aquí está.

Le dio la vuelta al folio para ver el número de teléfono de Troy, levantó el auricular y empezó a marcar. Dan siguió sus movimientos con la vista, con el corazón en un puño.

«Que Troy esté en casa, por favor», pensó. «Esto es tortura para Reggie. Está tan pálido... Y si lo es para Reggie, lo es también para mí».

Liam no podría decir durante cuánto tiempo estuvo besando a Keith. Solo volvió al mundo cuando empezó a sentir la necesidad de respirar. Le fastidió un poco, la verdad. Había estado muy a gusto en el cielo, rodeado de nubes de algodón dulce...

Rompió el beso, aunque no del todo, y se dedicó a cubrir de besitos pequeños los labios y la barbilla de Keith, sin abrir los ojos, a la vez que intentaba meter aire en sus pulmones. A su boca

le costaba separarse de la de Keith. Era tan blanda, suave y dulce...

—Liam... Eres perfecto, Dios... —murmuró Keith, entre dos besitos.

Estaba copiando sus movimientos, besándole a él a su vez de modo lánguido y relajado, como si no tuviera nada mejor que hacer. Liam ronroneó por toda respuesta, y volvió a inclinar la cabeza para atrapar los labios de su compañero en los suyos y morderlos suavemente... Pero en ese momento, Keith se apartó.

Liam sintió que su boquita se retiraba, y abrió los ojos, confuso. ¿Qué le pasaba a Keith? ¿Tal vez necesitaba respirar, él también? ¿O le habría mordido Liam con demasiada ansia?

Levantó la cabeza y parpadeó un par de veces para adaptar su vista a la luz del sol del mediodía, que entraba a raudales por la ventana del salón donde se encontraban, a su derecha. Keith había apoyado la cabeza en el espaldar del sofá gris. Su cabello rubio enmarcaba su rostro y caía, ondulado, sobre sus hombros. Sus ojos azules brillaban y le observaban un poco abstraídos, como si estuviera fascinado por lo que tenía delante. Sus mejillas estaban sonrosadas, y sus labios se habían puesto más colmados, brillantes y rojos por los besos. Estaba delicioso.

—Tienes la piel tan fina y suave... —dijo, alzando una mano.

Acarició los labios de Liam con el pulgar, apenas rozarle.

—Están rojos —añadió—. ¿Es por la barba?

Liam sintió que le subía el calor del sonrojo por la cara. Se encogió un poco de hombros.

—Supongo —se limitó a responder.

—¿Te gusta sentirla? A algunos chicos...

Liam sacudió la cabeza.

—No, no. Me gusta mucho. —Acarició la cara de Keith con ambas manos y cuchicheó—: Me pone un montón.

El calor de sus mejillas se hizo más intenso, y de repente, le invadieron la vergüenza y la timidez, y no se atrevió a mirar a los ojos de Keith. No recordaba cuándo fue la última vez que se sonrojó. Pero desde luego estaba seguro de que no fue mientras le hacía a Keith insinuaciones sexuales, sentado sobre su regazo, y confesándole que le gustaba sentir el tacto de su barba en sus labios. Bajó la vista a sus manos, y acarició ahora su pecho por encima de la camiseta. Con el rabillo del ojo, le pareció ver que Keith sonreía...

Las manos de su compañero aparecieron en su campo de visión. Cubrieron las suyas sobre su pecho y las acariciaron con cuidado.

—¿Estás mejor? —le murmuró.

Liam asintió. Solo ahora se dio cuenta de que, en medio de su entusiasmo, había cambiado

de postura, y se había sentado a caballo sobre el regazo de Keith. Suponía que tal vez debería sentirse ridículo. Aquí estaba, un hombre adulto, instalado de esta guisa sobre otro. Pero para su sorpresa, no fue así, al contrario. Se sentía bien. Sentía que estaba donde y como debía estar.

De pronto, Keith se sobresaltó y tomó aire con una pequeña exclamación, como hacía cuando acababa de tener una idea que le parecía maravillosa. Apretó sus dos manos en las suyas y exclamó:

—¡Oye, Liam! —Su voz sonó ilusionada y jovial—. ¿Qué te parece si llamamos a Reggie?

Liam se olvidó de su timidez, del sonrojo y de todo lo demás. Le miró a los ojos, sorprendido.

—¿A Reggie? —repitió.

—¡Sí! A Reggie y a Paul. ¡Preguntémosles si también se han enterado de lo del secuestro! A lo mejor no lo saben. Estoy seguro de que en cuanto se enteren, querrán venir con nosotros a casa de Troy para apoyarle.

—Am...

Liam se preguntó cómo habría podido Keith estar pensando estas cosas, mientras él estaba aún medio intoxicado por los besos... También se preguntó cómo lo haría para moverse, con él sentado aún sobre su regazo. Pero allí estaba Keith, reptando sobre el sofá, y estirando un brazo hacia el teléfono.

—Espera —comenzó Liam—. Voy a...

Hizo la intención de levantarse, pero Keith le sujetó con firmeza una cadera con la mano libre y respondió:

—No, no. No hace falta. —Le sonrió fugazmente—. Me gusta sentirte.

Volvió a arrastrar el trasero por el sofá unos milímetros más, con cara de esfuerzo. La punta de su lengüita sonrosada sobresalía por una de sus comisuras. Al fin, logró coger el auricular. Lo dejó sobre el brazo del sofá, y marcó el número, estirando el cuello para ver mejor, todo ello mientras continuaba sujetando a Liam por una cadera con la otra mano, como si temiera que se le fuera a escapar en un descuido.

Por su parte, el bajista se quedó donde estaba, inmóvil, y se limitó a sentir el calor del sonrojo no solo en las mejillas, sino ya en toda su cara, la frente incluida. Ah, y las orejas...

«Le gusta sentirme...», se maravilló. «¡Sentirme encima! ¿Quién te ha dicho esto antes, Liam? ¡Nadie!».

—¡Ya verás, Liam! —decía Keith, afanado en su tarea—. Jordan se va a aislar él solito, y va a quedar fatal. Iremos los cuatro con Walter a casa de Troy. ¡Verás la cara del Beloved cuando se entere!

Soltó una risita. Luego se llevó el teléfono a la oreja. Rodeó la cintura de Liam con un brazo y le apretó con firmeza contra sí, como a un tesoro. Liam se quedó mirándole, embobado.

«Esto es un hombre de verdad, y no lo que he conocido hasta ahora», pensó. «Jordan aún está en el grupo, pero como nos ha abandonado con esto, Keith ya ha asumido el control de la situación. Y su mano en mi cintura me hace sentir tan protegido y tan mimado... Keith, ¿dónde has estado escondido todos estos años, amor?».

—Troy, por favor, no me pongas aún más nervioso... —protestó Seth.

La voz de Troy continuó siendo firme e inflexible al otro lado de la línea.

—No, Seth. Escúchame, esto es importante. Si llama el secuestrador...

—Troy...

—¡Seth, tengo poco tiempo! —se impacientó Troy—. Si lo hiciera, recuerda decirle esto, que estaré en casa al mediodía...

—¡Ya es mediodía!

—¿Cómo?

—¡Sí! ¡Son las doce, Troy! ¿O qué hora creías que era?

Troy pareció pensarlo durante unas fracciones de segundo, y luego exclamó:

—¡Bueno, pues dame dos horas! ¡Dos horas para ir a la comisaría y volver! ¡Dile que estaré en casa a las dos, y que yo también tengo algo que decirle! ¿Te acordarás?

Seth garabateó deprisa el mensaje en el papelito con el lápiz, murmurando para sí entre dientes. ¡Por supuesto que no se iba a acordar! ¿Cómo podría recordar algo cuando tuviera al teléfono al hombre que tenía prisionero a William? Si finalmente tenía que verse en esas, cosa que todos parecían estar empeñados en que ocurriera, Seth no sería más que un manojito de nervios histéricos. Era mejor tenerlo anotado, por si acaso...

Reggie terminó de marcar. Escuchó un momento por el auricular. Dan se quedó mirándole, ansioso...Y de pronto, Reggie colgó de nuevo con un golpe seco y exclamó:

—¡La línea está ocupada, maldita sea!

—¿Estás seguro de que has marcado bien? —preguntó Little B.

—Sí, ha marcado bien el número —repuso Paul—. Lo he visto.

Reggie volvió a descolgar, sin mirarles a ninguno de ellos.

—Probaré otra vez, por si acaso —murmuró.

Marcó de nuevo, comprobando número por número en voz alta. Se llevó el auricular a la oreja... Y colgó otra vez, con otro golpe seco, frustrado.

—¡Comunica, joder! —exclamó.

Le dio un empujón a la mesita, y se dio la vuelta para irse a dar pequeños paseos en círculo por el espacio libre que quedaba entre el mueble del rincón, la puerta y donde estaban ellos. Dan siguió sus movimientos con la vista, preocupado.

—Cariño, quizás sea mejor así —aventuró—. Estás nervioso... Si tenemos que esperar, tendrás tiempo para juntar fuerzas...

—¡Y también para morirme de un infarto! —fue la respuesta de Reggie, sin interrumpir sus paseos.

Dan hizo una mueca.

—Vamos, no digas eso...

Miró a sus dos compañeros, angustiado. No se le ocurría qué podía hacer o decir que pudiera ayudar a Reggie. Él también estaba nervioso por todo este asunto, y su cabeza se negaba a pensar.

«Nervioso por Reggie, y lo mal que lo pasa», se dijo. «Nervioso por Troy, porque no sé lo que le va a decir... Nervioso porque... ¿Y si esta vez sí reconoce a Reggie? Él no parece pensar en ello, o si lo ha hecho, no lo ha dicho, pero yo...».

Dan sí contemplaba la posibilidad. Tal vez porque era eso precisamente, su miedo a ser reconocido, lo que le impedía llamar él a Troy en lugar de Reggie, y librarle así de esta inmensa carga.

Paralizado por la ansiedad y la impotencia, deseando ofrecerse él para hacer la llamada, y a la vez temiendo hacerlo, y temiendo la reacción de Reggie si se ofrecía, se quedó por unos instantes inmóvil, mirando al otro joven caminar arriba y abajo, con el ceño fruncido y los puños apretados.

Paul interrumpió el tenso silencio que se había hecho en la sala, diciendo:

—Reggie, si necesitas fumarte un cigarro o dos... Por nosotros no te cortes.

—No quiero, Paul —contestó Reggie, con voz queda, pero en tono seco y cortante.

No se detuvo. Tampoco se volvió para mirarles. Dan cambió una mirada con Little B. Luego observó de nuevo a Reggie. Qué raro que no quisiera fumar. Dan tenía entendido que le relajaba, y que de hecho, por eso estaba fumando tanto en estos días... Ya tenía que estar aterrado para no tener ganas ni siquiera de un cigarro...

Entretanto, Keith aguardaba las llamadas con una sonrisa en los labios. Podía sentir el calor y el peso del cuerpo de Liam sobre sus piernas, y sus muslos envolviendo los suyos. Su pecho estaba apretado contra el suyo. Liam había apoyado una mano en su hombro, y la otra reposaba sobre su pecho, con los dedos abiertos, y le acariciaba despacio, rascándole con las puntas de los dedos.

Tenía la cabeza inclinada a un lado y le estaba observando. Keith lo sabía, podía sentir también su mirada, clavada en él. Pero no se atrevió a mirarle a su vez. Le daba vergüenza.

Nunca antes había tenido a un chico sentado sobre él, como estaba Liam, y eso le hacía sentirse algo inseguro. ¿Habría sido demasiado atrevido por su parte, hacer esto? ¿Habría sido demasiado pronto? ¿Qué estaría pensando Liam?

No podía saberlo, de modo que trató de centrarse en lo que estaba haciendo. Contó las llamadas. Ya habían sonado varias, no podría decir cuántas. Reggie debía estar a punto de contestar al otro lado.

«Aunque si está encerrado en el sótano, tocando la batería, suele tardar en oír el teléfono», se recordó. «Hay que insistir un poco hasta que lo escuche».

Continuó esperando, apretando la cintura de Liam contra sí con la otra mano. Pero en casa de Reggie el teléfono sonaba y sonaba, y nadie parecía oírlo. Las llamadas se agotaron y se cortó la comunicación. Keith no lo pensó. Colgó y volvió a marcar.

—Debe estar en el sótano —dijo—. Ya sabes cómo es...

Liam no respondió, continuó observándole en silencio. El teléfono volvió a dar llamadas, y Keith aguardó, armándose de paciencia. Reggie seguía sin contestar al otro lado. Finalmente, las llamadas volvieron a agotarse, y no había ni rastro del batería.

—¡Qué raro! —se extrañó Keith—. ¿Le habrá pasado algo?

Miró a Liam, confuso y algo preocupado. Su compañero se encogió de hombros.

—A lo mejor está de retiro...Por ahí, en una cabaña en el bosque...

Movió una mano en el aire, para indicar un lugar en la lejanía, apartado de todo. Keith frunció el ceño. Podría ser, había ocurrido antes. Reggie decía que necesitaba retirarse del mundo de vez en cuando, y se iba por ahí solo, cargado con su tocadiscos portátil, una pila de vinilos y una mochila. Pero había dos cosas que no le cuadraban...

—¿Sin la batería, Liam? —objetó—. ¿A pocas horas del concierto? Eso no lo ha hecho nunca. Además, hablamos con él hace dos días. Nos lo habría dicho, ¿no crees?

—Es verdad —convino Liam. Pareció pensarlo un momento, antes de aventurar—: A lo mejor ha desconectado el teléfono.

Keith asintió. Esto no era inverosímil. También había ocurrido otras veces antes. Si Reggie estaba ensayando, desconectaba el teléfono, se recluía en el sótano de su casa con la batería, y se llevaba allí horas y horas. Cuando subía de nuevo, con frecuencia solía olvidar que tenía el teléfono desconectado...

—Puede —respondió. Volvió a coger el teléfono, exclamando—: ¡Llamemos a Paul!

—Pero...

—¡Solo será un segundo!

—¡Paul no irá a ninguna parte sin Jordan!

—¡Preguntémosle! ¿Vale? —dijo Keith, marcando de prisa el número de la casa de Paul.

Una vez más, se llevó el teléfono a la oreja. Una vez más, aguardó pacientemente las llamadas. Una vez más, se agotaron, y al otro lado no respondió nadie.

Keith colgó y miró a su compañero, aún más confuso que antes.

—Es raro que no estén ninguno de los dos, ¿no te parece? —le dijo.

—Sí.

—Hombre, Paul sale mucho, pero... ¿Reggie?

—A lo mejor ha desconectado el teléfono, ya te lo he dicho —insistió Liam, haciendo un gesto de contrariedad.

—No sé, Liam... —murmuró Keith.

—No te preocupes, amor. —Liam le acarició la cara con cuidado y reverencia—. Les veremos esta tarde y ya nos explicarán.

Keith alzó la vista de nuevo para mirarle y preguntó, angustiado:

—¿Tú crees que les veremos?

Empezaba a tener una sospecha vaga, un desasosiego difícil de explicar en la boca del estómago. Quedaban pocas horas para el concierto anual. Normalmente los Red Devils eran una piña en un día como hoy. Pasaban la mañana llamándose unos a otros, cambiando bromas y risitas nerviosas, y a partir de las cinco, empezaban a reunirse en el estadio para las pruebas de sonido y los últimos ensayos. Reggie y Keith eran los primeros en estar allí. Esto de que el

batería no estuviera en su casa a esta hora le había creado mal cuerpo a Keith.

Liam se mordió los labios. No respondió, pero Keith volvió a ver en sus ojos aquella expresión de vulnerabilidad y de miedo que tanto le había asustado antes. No era propia de Liam. ¿Habría pensado lo mismo que él? ¿Estaría teniendo la misma sospecha?

—Tú también lo sientes, ¿verdad? —murmuró Keith—. Jordan está raro... Estos dos no contestan al teléfono... William está desaparecido...

Liam asintió muy serio y murmuró a su vez, casi sin voz:

—Nos hemos quedado solos.

Keith chasqueó la lengua. Se movió para rodear a Liam con los brazos y meter la cabeza en su hombro. Por su parte, Liam rodeó sus hombros con los brazos y le apretó con ternura contra sí.

—Esto no puede ser, Liam —dijo Keith, con la voz amortiguada por la camiseta de su compañero—. ¡No tiene sentido! Aquí hay alguna clase de malentendido que...

Se interrumpió. Se sentía de pronto acongojado, con unas enormes ganas de llorar. Tragó saliva.

—Vale que Jordan esté raro —recomenzó. Agradeció la camiseta de Liam, porque disimuló el temblor de su voz—. Pero ha pasado la noche en el Averno, así que él no es quien ha secuestrado a William...

—Sí. Eso parece —murmuró Liam, apoyando la cabeza en la suya.

Pero su voz también temblaba, y apretaba a Keith contra sí a la desesperada. Este volvió a levantar la vista para mirarle, preocupado.

—Liam...

—Keith —murmuró el otro joven, mirándole con una pena inmensa en sus ojos castaños—. No quiero pensar lo que estoy pensando. No quiero, ¿entiendes? Pero, pero...

Keith no le dejó seguir. Metió otra vez la cara en el hueco de su hombro, y dejó que las lágrimas le cayeran por las mejillas y mojaran su camiseta. Él tampoco quería pensarlo. Pero Paul y Reggie nunca habían estado imposibles de localizar el día antes de su concierto anual. Y estando William en paradero desconocido desde ayer, y Jordan tan raro, Keith y Liam tenían buenos motivos para pensar que sus dos amigos podrían estar metidos hasta los ojos en un tremendo problema.

Capítulo 11

Mientras Keith y Liam trataban de consolarse el uno al otro, Seth terminaba de anotar el mensaje de Troy en el papelito, rezongando:

—¿Dos horas más vas a tardar, Troy?

—¿Qué dices? —contestó su amigo—. ¡Claro que no! Creo que tardaremos mucho menos. Pero he contado tiempo de sobra, para que sea seguro que ya estemos en casa.

—Ah. Espero que sea verdad. Está empezando a darme miedo estar aquí solo.

—No te preocupes. Lo peor que puede pasar es que llame ese tipo. Y si lo hace, tú solo tienes que decirle lo que te he dicho y colgar. ¡Puedes hacerlo, Seth!

—¡Confiamos en ti! —exclamó la voz de Austin, un poco separada del teléfono, quizás justo a la espalda de Troy.

Seth notó un nudo de congoja en el pecho. ¡Sus amigos confiaban en él! Eran un grupo, un equipo, y cada uno tenía su función. Ellos estaban ocupándose del coche del secuestro y de ir a hablar con la policía. Él tendría que cubrir la retaguardia, ocupándose del teléfono hasta que llegaran, aunque en este tiempo llamara ese bandido. ¡No podía dejarse vencer por el miedo! ¡No podía defraudar a sus amigos!

Un pitido en el auricular interrumpió sus pensamientos. Troy exclamó:

—¡Se me acaba el dinero! ¡Sé fuerte, Seth! ¡Estaremos en casa lo antes posible!

—¡Tened cuidado! —exclamó Seth a su vez.

La línea se interrumpió, y Seth se quedó mirando el auricular, con una mueca de contrariedad. No estaba muy seguro de que Troy hubiera podido oír su última frase. Pero llevando a Frank con ellos, tendrían cuidado. O al menos, eso le gustaba pensar...

Troy colgó el teléfono y se volvió hacia sus dos acompañantes. Solo entonces se dio cuenta de que Austin estaba tan cerca, que casi se había apoyado en su espalda, seguramente con la intención de escuchar todo lo que pudiera de la conversación. Se encontró ahora mirando al batería, nariz con nariz. Este dio un paso atrás para darle su espacio, y le observó a su vez con rostro serio y preocupado.

—¿Qué tal? —le preguntó.

—Seth está bien —explicó Troy, en tono tranquilizador, mirando a su amigo a los ojos—. Nervioso, porque ha tenido una mañana intensa. Dice que el teléfono no ha parado de sonar.

Austin hizo una mueca de simpatía, murmurando:

—Joder...

—Pero está bastante entero, Austin. Es nuestro Seth. Recuerda que de nosotros tres, él es el mejor para ocuparse del teléfono. Tal vez sea incluso más adecuado que William. Es más calmado y sereno que él, ¿verdad?

—Sí —musitó Austin, con un gesto de asentimiento, bajando la vista al suelo.

—Creo que estará bien —concluyó Troy.

Austin volvió a asentir, con aire pensativo. Levantó la mirada de nuevo hacia él y preguntó, en voz baja:

—¿Ha llamado el secuestrador?

—No. O al menos, no todavía...

Frank intervino, estirando el cuello para captar su mirada.

—Troy, si hemos terminado aquí, será mejor que nos vayamos. No me gusta nada este barrio.

—Sí —repuso Troy—. Y cuanto antes estemos en la comisaría, mejor. —Le dio una palmadita en el hombro a Austin, y salió de la cabina, añadiendo—: Vamos, Austin.

El batería le siguió sin rechistar.

Se pusieron de nuevo en camino hacia el coche de Frank, que habían dejado aparcado al principio de la calle. Troy notaba una alegría nueva en el corazón después de haber hablado con Seth. Ahora ya sabían que estaba bien, tenían unas pinceladas de lo que había estado ocurriendo en casa durante su ausencia, y algo más: sabían que Seth había hecho lo correcto quedándose atrás. Si hubieran venido todos al Bronx, no habría habido nadie en el apartamento para responder a todas las personas que habían llamado. Y habían sido llamadas importantes, como la de Ray, o Max, o los dos Red Devils...

«No habríamos podido dejar atrás a nadie mejor que él», pensó. «Me marché de aquí con otra tranquilidad, sabiendo que Seth está ocupándose de eso».

Además, había podido transmitirle sus dos encargos, el de llamar al abogado y el recado que quería dejarle para el secuestrador, en el caso de que llamara antes de que ellos llegaran a casa. Troy agradeció que el dinero les hubiera dado para hablar a sus anchas, durante mucho más rato del que anticipó en un principio. Ahora que todo esto estaba solucionado, podía centrarse de nuevo en lo que debía. Ir a la comisaría, hablarle a Hudson y a Fitzgerald del coche, y tratar de

conseguir que la policía viniera aquí a investigar, esos eran sus próximos objetivos. Esperaba que le diera tiempo de hacerlo, antes de las dos de la tarde.

—Bueno, jefe, cuéntanos —comenzó Austin, mientras los tres caminaban a buen paso de regreso hacia el coche, con Troy en medio de sus dos compañeros—. ¿Hay novedades? ¿Quién dices que le ha llamado?

—¡Uf! —exclamó Troy—. ¡Un montón de gente! No me habría gustado estar en su lugar, créeme. —Le sonrió a su amigo sin maldad, y añadió—: Ni a ti tampoco...

Entretanto, Seth colgaba el teléfono y dejaba escapar un pequeño suspiro. De modo que sus amigos tenían el coche del secuestro... Luego entonces, la excursión al Bronx no había sido del todo en vano. Se alegraba por ello, pero no obstante, no podía dejar de sentir un vago desasosiego en el estómago.

«Dos horas más», pensó, mientras hojeaba la agenda, buscando el número del despacho del abogado. «Dos horas más solo. ¡A saber quién puede llamar en ese tiempo! Aunque no sé, porque ya he hablado con casi todo el mundo. Como no llame el propio Jordan Grant...».

Aunque lo hiciera, hablar con ese diablo le parecía algo más liviano que tener que hacerlo con el secuestrador. Max les dijo ayer que tenía una voz de malvado que impresionaba mucho, grave, fría y cruel. Dijo que parecía un profesional. Seth no estaba seguro de si él podría estar a la altura.

«Por lo menos, tengo el mensaje de Troy», se dijo, para darse ánimos. «Siempre puedo decir que él no está, que me ha dado ese mensaje, y colgar, como me ha dicho. Pero qué mal rato, caramba...».

El bajista se concentró en marcar el número y en revistar con la mirada el recado que tenía que decirle a Hudson. Esto era lo más urgente en este momento. Cuanto antes saliera Hudson hacia la comisaría, antes podría encontrarse allí con Troy, y antes podrían volver todos a casa.

«Cuando haya hablado con Hudson, creo que me pondré a limpiar el baño, por mantenerme ocupado», decidió. «No me dan ganas de volver a tomar tila, la verdad. No va a quitarme los nervios, y sí puede ahogarme de nuevo, en el caso de que el teléfono vuelva a sonar. ¡Imagínate que sea el secuestrador, y tú medio asfixiado, Seth! ¡Por una tila!».

Se sacudió la cabeza a sí mismo. La idea de limpiar el baño le parecía mucho mejor.

En ese momento, hubo un sonido al otro lado de la línea, y una voz de mujer, joven y educada, dijo:

—Despacho de abogados Hudson and Harriet. Buenos días. ¿En qué puedo servirle?

Mientras Seth llevaba a cabo el encargo que le había dejado Troy, en el pequeño apartamento del Bronx, Dan Nobody continuaba mirando a Reggie cómo daba paseos en círculo por el salón, abriendo y cerrando los puños.

«El pobre está realmente mal», se dijo. «Y yo tengo la solución a su problema, puedo librarle de esta pesadilla... ¿Y no me ofrezco a hacerlo por miedo?».

¡Miedo! Dan se sintió de pronto un completo cobarde. Aquí estaba, permitiendo que el hombre del que estaba enamorado se consumiera de ansiedad, mientras él, que tenía la clave para librarle de ella, permanecía callado y no daba el paso al frente por miedo, miedo a ser reconocido. El miedo le mantenía agazapado detrás de Reggie, dejando que él lo hiciera todo, dejándole sufrir, dejando que él corriera el riesgo de ser reconocido en su lugar...

En el fondo, era muy cómodo, eso de quedarse siempre atrás. Uno nunca corría un peligro real, porque otro lo hacía todo por él. Uno no tomaba decisiones, no se implicaba, no se dejaba salpicar... Pero a la vez, ¿en qué le convertía?

«Lo dicho: en un cobarde», se contestó.

Y Dan nunca se había tenido a sí mismo por uno de esos. Tampoco por un perezoso ni un inconsciente, que dejaba a otros que cargaran con toda la responsabilidad.

Dan sabía que no tenía la voz grave de Reggie. No podría imponerle a Troy la misma clase de respeto. Tampoco tenía su aparente frialdad, ni era capaz de emplear su tono desapegado y distante. Pero sí tenía la voluntad de ayudar a Reggie, la de acabar con esto cuanto antes, y la de... Bueno, la de estar a la altura del hombre —de la pareja— que Reggie merecía.

Además, eso de ser reconocido era algo poco probable, de todas formas. Dan no creía que Troy, un rockero de la vieja escuela, escuchase discos de hip hop en sus ratos libres. Tampoco creía que se acordara de él, y de aquella única vez que se vieron y hablaron unos minutos, en la fiesta de cumpleaños de Jordan. De hecho, ya había hablado con William, y este no había dado muestras de haberle reconocido, ¿verdad? ¿Por qué iba a hacerlo Troy?

Todos estos pensamientos formaron un torbellino en su mente mientras veía a Reggie dar paseos arriba y abajo, como una fiera enjaulada. Su corazón se puso a dar saltos en su garganta, y no era de ilusión precisamente, sino de pánico.

«¡Lo voy a hacer, Dios!», se dijo. «¡Lo voy a hacer!».

Y antes de darse tiempo para pensarlo un poco más, y por tanto de arrepentirse, se irguió y dijo, en voz alta y clara:

—¡Reggie, quiero ser yo quien llame ahora!

Reggie se detuvo en seco al oír esto. Se volvió. Se quedó mirando a los ojos de Dan, estupefacto, con el corazón latiendo como un desesperado en sus propios oídos...

«¿Qué ha dicho ese loco?», pensó.

Creyó haber oído mal, que habría tenido una alucinación, fruto del estrés o vaya usted a saber. Pero Dan estaba allí plantado, muy erguido junto a la pared, con la barbilla levantada y la expresión decidida. No había sido una alucinación. Se había ofrecido de verdad.

«¡Es imposible!», se dijo Reggie. «¡Sabe el riesgo que corre!».

Por su parte, sus dos compañeros parecían haberse convertido en estatuas de sal. Durante unos instantes, nadie dijo nada en el pequeño salón, nadie respiró ni se movió...

Little B fue el primero en reaccionar. Se sacudió, como si acabara de despertar de un sueño, y exclamó, con la voz aguda por la sorpresa:

—Pero, ¿te has vuelto loco? ¿Qué te ha dado para salir por ahí?

—Dan, estamos todos nerviosos —dijo Paul—. Yo creo...

Pero Little B continuó hablando, en tono más alto, e hizo callar a Paul.

—¡No, en serio! ¡Tienes que haberte vuelto loco, porque de otra forma no se explica! ¡Nobody! ¡Tienes un disco entero en el mercado grabado con tu voz! —Hizo un gesto de desesperación con las manos—. ¡Tu voz rapeando, además! ¡No cantando, ni haciendo ruidos, ni silbando, ni...!

—Lo sé, Little B —se limitó a responder Dan, con voz queda.

Sus ojos sin embargo seguían clavados en Reggie, como si estuviera aguardando su reacción, o su aprobación, o algo de su parte. Y Reggie seguía paralizado por el asombro, y por el aluvión de sentimientos que se le habían venido encima...

Los tenía todos a la vez: sorpresa, admiración por la valentía que, una vez más, acababa de demostrar ese hombre, ternura, orgullo, agradecimiento, fascinación... Pero también miedo, y necesidad de protegerlo, y vergüenza por haber sido tan débil, y perplejidad, porque nunca antes había sido objeto de tanta devoción... ¿Y qué había hecho él para merecer a este ángel?

Pero sobre todo, por encima de las demás cosas, lo que sintió fue que se derretía de amor y de emoción.

«¡Es por mí!», se dijo. «¡Se está ofreciendo, arriesgándose a ser reconocido, por mí! ¡Para que yo no tenga que hacerlo!».

Era una completa locura, como decía Little B. Si Troy reconocía a Dan, su vida y su carrera se irían a la basura. Pero los demás no se iban a ir de rositas tampoco. Una vez que hubiera identificado a Dan, para Troy sería muy fácil deducir que su inseparable colega Little B y los otros dos amigos íntimos de Jordan estaban también implicados en esto.

En otras palabras, el sacrificio de Dan, hecho por amor, para no tener que ver a Reggie sufrir así, podría acarrear el desastre para todos ellos.

«He sido egoísta», pensó este. «He estado explayándome a mis anchas, demostrando que tengo miedo, diciéndoselo a Danny... He sido un jefe de pacotilla, y un desastre como pareja. No he tenido ni un poquito de autocontrol, aunque tan solo fuera por no preocupar al hombre que amo. Pero por favor, es que jamás se me ocurrió pensar que Danny haría algo como esto...».

—¿Y no te importa? —continuaba exclamando Little B, a la vez que crispaba las manos en el aire—. ¡Nobody, te juegas la vida! ¡Te juegas el futuro!

Por primera vez, Dan se volvió para mirar a su colega. Muy tranquilo y seguro, dijo:

—¿Acaso Reggie no?

Se hizo otro silencio de fin del mundo en el salón. Little B parecía haberse quedado sin palabras, y abría y cerraba la boca sin decir nada, como un pez. Dan continuó:

—Sí, Little B. ¿No lo has pensado? Reggie se juega mucho cada vez que llama a Troy. Se arriesga lo mismo que arriesgaríamos cualquiera de nosotros.

—Es distinto —intervino Paul, con una mueca—. Nadie suele oír hablar a un batería.

Dan hizo una gesto de desagrado, casi de asco.

—¡Oh, por favor! ¡No me repitas la frase de Jordan! —contestó.

Reggie sintió que se convertía en un charquito de gelatina. Sus ojos se llenaron de lágrimas. A través de ellas, vio que Dan se volvía de nuevo hacia él y le decía:

—Yo llamaré a Troy, Reggie. Ya no estás solo con esto. No tengo tu voz ni tu carácter, pero... —Asintió, decidido—. Sabré apañármelas.

(Continúa en el libro 31)